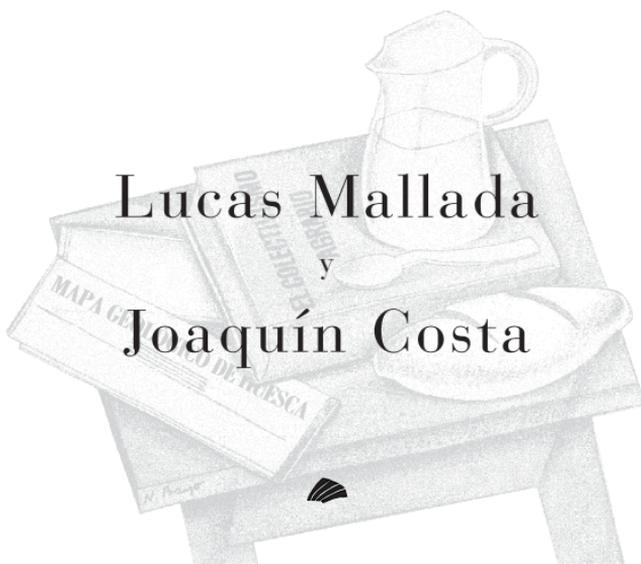


Eloy Fernández Clemente



Equipo 

Dirección:

Guillermo Fatás y Manuel Silva

Coordinación:

M^a Sancho Menjón

Redacción:

Álvaro Capalvo, M^a Sancho Menjón, Ricardo Centellas
José Francisco Ruiz

Publicación nº 80-44 de la
Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón

Texto: Eloy Fernández Clemente

Ilustraciones: D. Pérez, J. Gil Marraco, C. Rocafort, G. della Rocca, E. Liñán
y Archivo CAI

Portada: Fragmento de la acuarela de N. Bayo *Homenaje cubista a Joaquín
Costa*, 1996

I.S.B.N.: 84-95306-20-4

Depósito Legal: Z. 3557-99

Diseño: VERSUS Estudio Gráfico

Impresión: Edelvives Talleres Gráficos

Certificados ISO 9002



ÍNDICE



Introducción	5
EL REGENERACIONISMO EN ARAGÓN	9
EL OPTIMISMO CRÍTICO DE LUCAS MALLADA	13
Geólogo laborioso y tenaz	13
Los males de la patria	19
La futura revolución española	25
Algunas propuestas de reforma	27
Monarquía o república	29
LA UTOPIA PESIMISTA DE JOAQUÍN COSTA	33
Una biografía atormentada	33
El jurista	39
El político	42
Costa, pionero de las Ciencias Sociales en España	51
Las ideas y prácticas pedagógicas	51
La Economía	55
Antropología y Etnografía	60
Lengua y Literatura	62
La Historia	65
El europeísmo y el regionalismo	75
Algunas opiniones sobre Costa	78

LOS DISCÍPULOS DE COSTA	83
BREVE EPÍLOGO	87
Bibliografía	89

INTRODUCCIÓN



Este libro presenta y estudia la obra de dos grandes científicos aragoneses que vivieron una excepcional coyuntura, la de la crisis española en torno a 1898, supieron elaborar análisis profundos y audaces propuestas de cambio, y se atrevieron a exponerlas. Ambos eran nacidos en el Alto Aragón, en el seno de familias humildes, y alcanzaron la fama, el respeto y el cariño de muchos españoles.

El primero de ellos, Lucas Mallada, fue profesionalmente geólogo y paleontólogo, ciencias de cuyo desarrollo en España es considerado pionero. Era, además, un ciudadano preocupado por lo que pasaba en su país, y en numerosos artículos, luego en ocasiones refundidos en libros como el famoso *Los males de la Patria* (1890), reflexionó sobre las razones del atraso económico español, de los defectos educativos y morales, políticos y sociales, que aquejaban gravemente a España. Se convirtió así, en precursor del gran movimiento de reacción a esos males: el Regeneracionismo.

Por su parte, Joaquín Costa, con esfuerzo increíble por su escasa salud y pobreza de medios, se adentró en numerosos campos del saber. Realizó una obra ingente, no sólo en su especialidad profesional, el Derecho, sino en muchas

ciencias sociales de las que también está considerado iniciador. Muchas de sus propuestas han pasado a convertirse en tópicos, que se citan sin adentrarse en lo que verdaderamente entrañan: “Escuela y despensa”, “Europeizar España”, “Siete llaves al sepulcro del Cid”, etc. son afortunadas síntesis de ideas perfectamente argumentadas, aunque a veces se le tergiverse.

En política, juzgó muy duramente la vigente en su tiempo, rechazando y anatematizando la “oligarquía y caciquismo” como forma de gobierno imperante y realizando una crítica feroz al sistema de la Restauración. Pero no estaba contra el sistema democrático, sino contra la corrupción que éste sufría, y llegará a propugnar un nuevo tipo de política, que asociaría los presupuestos del republicanismo y el socialismo. Profeta en su tierra, a la que amó y conoció profundamente, trazó las líneas maestras de la política hidráulica a seguir durante todo el siglo XX.

La pérdida, en el verano de 1898, de los últimos restos del imperio colonial español (Cuba, Puerto Rico y Filipinas) fue calificada como el “Desastre”. Es decir, se produjo una intensa vibración política y social, al comprender que se habían perdido los últimos —aún importantes— restos del mítico imperio de Ultramar. Pero, tal y como José María Jover ha establecido con rigor y precisión, ese “desastre” sólo lo fue, y brevemente, para la oligarquía dominante (aunque las capas más débiles sí lo acusaran), y no hubo

quiebra política (hasta 1917 y, sobre todo, 1923), aunque sí «una compleja y honda ruptura que afecta al campo ideológico e intelectual» y que llevaría al «desarme moral del sistema que, efectivamente, sí cuenta en el 98 con un jalón decisivo. Hasta entonces nunca se había puesto de manifiesto tan brutalmente la insolidaridad de la oligarquía y de la clase política que la representaba con el pueblo por ella regido».

Lo cierto es que el sistema de la Restauración, aunque no iba a caer definitivamente (eso lo sabemos ahora, entonces se percibía como muy posible su fin), hacía aguas, y no sólo por la sangría de las pérdidas guerras coloniales, sino también, y sobre todo, por la ineficacia política de un régimen oligárquico y caciquil, que sería analizado magistralmente por Costa.

Además, y quizá por ello la fecha marcaría un hito, se consagra en torno al 98 si no una “generación” con voluntad de serlo, como se ha dicho repetidamente, sí un grupo de escritores de primera fila, que abordan los problemas de España desde una perspectiva literaria. Los nombres de los más eminentes: Miguel de Unamuno, Pío Baroja, *Azorín*, Ramón M. del Valle Inclán y Antonio Machado.

Otra respuesta al 98 fue la del movimiento conocido como Regeneracionismo, en el que, frente a las intervenciones políticas retóricas y llenas de tópicos, un selecto grupo de escritores y profesionales, por lo general al mar-

gen de los ámbitos oficiales, encarnaba un impulso renovador ya detectado en muchos lugares de España desde finales de los años 80 del siglo XIX. En él se cuentan grandes figuras del pensamiento y la ciencia como Maeztu, Silió y Luis Morote, o destacados miembros de la Institución Libre de Enseñanza como Altamira, Azcárate, Giner y la que Laín ha llamado “generación de sabios”: Cajal, Ferrán, Carracido, Torroja, García de Galdeano, Rey Pastor, Comás Solá, Torres Quevedo, Odón de Buen, Ribera, Asín Palacios, Menéndez Pidal, Gómez Moreno, Tormo, Hinojosa o Menéndez Pelayo. Cada cual a su manera, todos estaban preocupados por la crítica situación española.

Pero el Regeneracionismo plenamente entendido irá más allá de la excelencia profesional y aun de la mera crítica o protesta. La hora de las quejas dará paso a la de las soluciones. Es preciso renovar el país. Y ello supone propuestas de cambio profundo, clara voluntad de progreso, una ilusión contagiosa.

Los grandes voceros de la regeneración de España son Ganivet (*El porvenir de España*, 1897), Macías Picavea (*El problema nacional: hechos, causas, remedios*, 1899), Damián Isern (*Del desastre nacional y sus causas*, 1899) y, más tarde, Senador y Sánchez de Toca. Pero entre todos destacan Joaquín Costa, que ocupa un indudable liderazgo moral sobre el movimiento, y Lucas Mallada. Este pequeño libro trata de acercarnos a ellos, cien años después, en el quicio de otro siglo.

EL REGENERACIONISMO EN ARAGÓN



El Regeneracionismo vivió un importante impulso en tierras aragonesas. La crisis de la Restauración en Aragón ha sido investigada en profundidad por C. Frías, M. Trisán, C. Forcadell y M. Serrano. Sus trabajos enmarcan aquel movimiento en la lucha contra la bien conocida corruptela que sustentaba el sistema —el turno de partidos y el viejo caciquismo— y destacan las iniciativas culturales, sociales y económicas que dan respuesta a la crisis de la época con alternativas de progreso, renacimiento y regeneración.

Hay en el Regeneracionismo en Aragón un claro componente de resurgir aragonesista, crítico, nada autocomplaciente; un deseo de recuperar una tradición más o menos mítica, como base para la reafirmación de los aragoneses en el presente y para su proyección hacia el futuro. Entre los antecedentes inmediatos se podrían citar la primera *Revista de Aragón* (1878-1880), la publicación de la *Biblioteca de Autores Aragoneses* (1876-1915), la reedición (1883-1886) por Gómez Uriel de la *Biblioteca de Escritores Aragoneses* del gran bibliógrafo ilustrado Félix Latassa o la *Zaragoza artística, monumental e histórica* de Anselmo y Pedro Gascón de Gotor (1890-91).

La arquitectura evoca tiempos pasados con el neomudéjarismo o la vuelta al “estilo aragonés”, cuyo mayor representante es Ricardo Magdalena. Y con alto valor simbólico se produce la declaración como monumentos históricos —entre 1882 y 1906— de Santa Engracia (Zaragoza), San Pedro el Viejo (Huesca), San Juan de la Peña, el Santo Sepulcro (Zaragoza) y el castillo de Loarre, mientras en pintura triunfa el historicismo de Unceta, Montañés, Pradilla, Barbasán y Estevan.

Importantes plataformas del Regeneracionismo aragonés son los grandes diarios y revistas culturales: a los veteranos *Diario de Huesca*, *Diario de Avisos* y *La Derecha* se suma, en 1895, el *Heraldo de Aragón*; florecen en las comarcas *El Pirineo Aragonés*, *El Ribagorzano*, *La Justicia*, *La Unión* o *El Porvenir del Bajo Aragón*, así como significadas publicaciones de contenido cultural, como *Miscelánea Turolense*, *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, *Revista de Huesca* y la sobresaliente *Revista de Aragón*.

La producción literaria, aunque con una raíz eminentemente popular y conservadora, ofrece a fines del XIX una cierta variante del costumbrismo que rechaza los chistes fáciles, los tópicos baturros, los estereotipos denigrantes. Destacan Romualdo Nogués, Manuel Polo y Peyrolón, Agustín Peiró, Mariano Baselga, Cosme Blasco, José María Matheu y el de mayor vuelo y más propiamente regeneracionista: Luis López Allué, cuya principal obra, *Capuletos y Montescos*, se edita en 1900.

REVISTA
DE
HUESCA

HISTORIA ◊ LITERATURA ◊ CIENCIAS ◊ ARTES

DIRIGIDA Y EDITADA

POR

DON GABRIEL LLABRÉS Y QUINTANA

Catedrático y Bibliotecario por oposición,
Correspondiente de las RR. Academias de la Historia y de Bellas Artes
de San Fernando, de Madrid;
de la de Buenas Letras, de Barcelona; del Instituto Arqueológico, de Berlín;
de la Sociedad Artístico-Arqueológica, de Barcelona; de la Arqueológica de Palma,
nombrado Comendador de la Orden Civil de Alfonso XII, etc., etc.

AÑOS



1903-4

TOMO I

HUESCA | ZARAGOZA
IMP. DE CASTANERA | M. ESCAR, TIPÓGRAFO
1903



Portada del Zaragoza Artística, monumental e histórica, de Anselmo y Pedro Gascón de Gotor (Zaragoza, 1890)

Entre los científicos aragoneses del momento, además de los ya citados Cajal, García de Galdeano y Odón de Buen, figuran el botánico Pardo Sastrón, el químico Bruno Solano, el pediatra Martínez Vargas, los filólogos Codera, Cejador y Asín Palacios, el historiador Ibarra y los juristas Gil Berges, Franco y López, e Isábal, por citar sólo algunas cumbres, junto a las que ocupan un lugar preeminente nuestros dos grandes regeneracionistas: Mallada y Costa.

EL OPTIMISMO CRÍTICO DE LUCAS MALLADA



GEÓLOGO LABORIOSO Y TENAZ

Lucas Mallada y Pueyo nació en Huesca el 18 de octubre de 1841. Hijo de un funcionario de la Diputación Provincial oscense, siendo niño se trasladó a Zaragoza, donde estudió el bachiller para, más tarde, graduarse en Madrid como ingeniero de Minas (1866). Como ha remarcado J. M. Ríos, «la geología española de aquella época rayaba a gran altura y sus publicaciones eran conocidas, comentadas y aceptadas por los más conocidos geólogos del mundo». Y en ese contexto va a destacar Mallada como una de las mentes más lúcidas, «poderosa máquina de producción de trabajo inteligente, apoyado en una bien fundamentada cultura clásica y literaria».

Tras realizar prácticas en Almadén (Ciudad Real), es destinado por el Servicio Geológico y Minero a Asturias, donde imparte clases en la Escuela de Capataces de Langreo y cuya estancia dará origen al *Informe de las minas de carbón de Asturias* (1902, en colaboración con Luis de Villate); posteriormente fue enviado a Teruel. En 1870 es adscrito a la Comisión del *Mapa Geológico y Minero*, para el que elabora (entre 1876 y 1912) los correspondientes a las provin-



Lucas Mallada (Huesca 1841-Madrid 1921)

cias de Cáceres, Huesca, Córdoba, Navarra, Jaén, Tarragona y Toledo; un total de 5.654 páginas que, para Ayala-Carcedo, suponen una «labor casi titánica [...] impresionante tanto por su volumen como por su calidad». Luego, a partir de 1895 y junto con las otras monografías, los resume en una extensa *Explicación del Mapa Geológico de España*, en siete volúmenes, magistral tratado de Estratigrafía, Historia Geológica y yacimientos minerales.

En 1875 y 1877 emprende dos nuevas campañas de trabajo en Huesca, al objeto de ampliar la labor realizada en 1874 y para «alcanzar el mayor grado de exactitud», por lo que decide «trazar nuevos cortes geológicos, completar las notas geográficas y resolver algunas dudas». De estas campañas resultó el vasto estudio sobre su patria chica *Descripción física y geológica de la provincia de Huesca* (1878). Explica el autor que ha profundizado en los aspectos físicos debido a «las condiciones especiales de la [provincia] de Huesca, tal vez la más escabrosa de España y además limítrofe a Francia», con el propósito no sólo de que «se forme, dentro de poco tiempo, un cuadro descriptivo de todos los Pirineos españoles, sino también con el de ampliar varios datos, rectificar algunos errores de diversas publicaciones francesas y completar la descripción topográfica de la provincia».

J. M. Ríos señala que con esta obra «Mallada dio un paso de gigante, poniendo el conocimiento de su provincia



*Casa natal
de Lucas Mallada
en la calle San
Orencio de Huesca
y lápida
conmemorativa
(Foto: Daniel Pérez)*



natal al máximo nivel que correspondía a las circunstancias de entonces, incluso a nivel internacional»; en ella «ha de apreciarse, además, una elegancia en el lenguaje, una claridad en la expresión que hacen de esta *Memoria* un verdadero modelo, para entonces y para el futuro».

En 1879 obtiene la cátedra de Paleontología de la Escuela de Minas, que ocupará hasta 1891, en que pide la jubilación por enfermedad. El año anterior había iniciado la publicación de su *Sinopsis de las especies fósiles que se han encontrado en España* (1878-1887), en tres volúmenes, información que casi duplicará en su monumental *Catálogo de las especies fósiles encontradas en España* (1892), en el que se da noticia de más de 4.000 especies diferentes. Por el alcance de ambos trabajos ha llegado a ser calificado por Leandro Sequeiros como el «fundador de la Paleontología española».

En el Instituto Geológico y Minero (1880), conoce y continúa la obra de otros prestigiosos geólogos como Casiano del Prado y José Macperson. En 1881-1883 inicia el estudio de seis cuencas carboníferas (entre 1899 y 1909 lo hará de distintos yacimientos de hierro, wolframio, petróleo y azufre), a la vez que aborda una serie de artículos titulada «Causas físicas y geológicas de la pobreza de nuestro suelo», publicada en el periódico *El Progreso* entre 1881 y 1882. Reproducida por Costa, en parte, en el *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, su contenido es debati-

SINÓPSIS
DE LAS
ESPECIES FÓSILES

QUE SE HAN ENCONTRADO EN ESPAÑA,

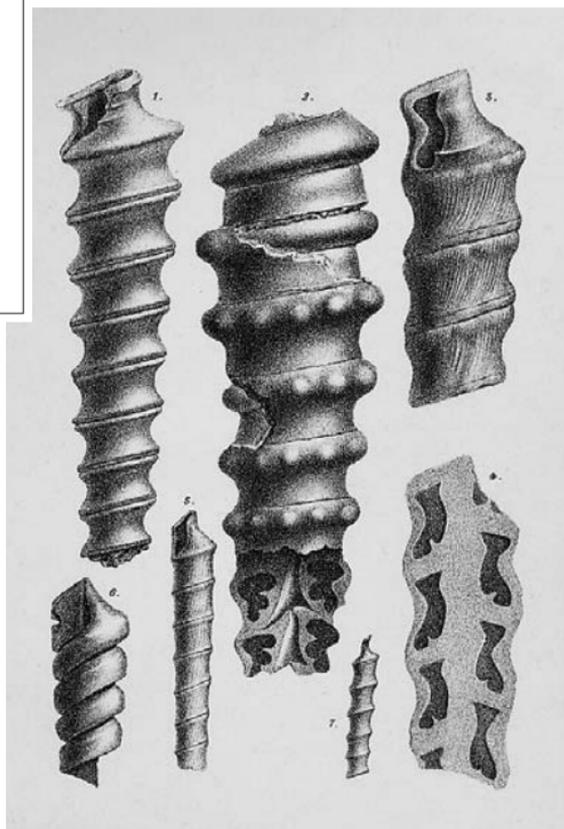
POR

L. MALLADA.

Considero 1.º

MADRID:
IMPRENTA Y EXPEDICIÓN DE M. TELLER,
PRINCIPAL DE CALLE DE S. M.
TOMO I.º DE 1887.

Sinopsis de las
especies fósiles
que se han
encontrado en
España, obra de
Mallada publicada
en Madrid
(1878-1887):
portada del primer
tomo y una
de las láminas
de fósiles



do en la Sociedad Geográfica de Madrid y refutadas sus tesis por su jefe y colega, Federico de Botella. Mallada le responde en el citado diario, pero los boletines de ambas entidades rechazan hacer pública su autodefensa: no quieren airear entre sus lectores extranjeros noticias sobre nuestro atraso... El texto encabezará luego la serie «Los males de la Patria», aparecida en la *Revista Contemporánea* y editada, más tarde, como libro.

También en *El Progreso* publica un par de artículos sobre *La riqueza mineral de España* (1882), en los que confirma la fecundidad del subsuelo nacional y celebra que la minería esté al fin asentada sobre bases seguras, aunque no se saque el partido debido a los ingenieros de Minas.

En 1887 aporta su documentado juicio al informe sobre *La crisis agrícola y pecuaria* (1888). Diez años después, se reconoce oficialmente su gran valía al ser elegido miembro de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales. Su discurso de ingreso versa sobre *Los progresos de la Geología en España durante el siglo XIX*.

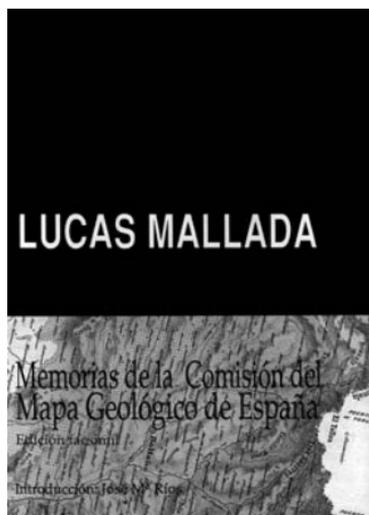
LOS MALES DE LA PATRIA

Pero si Mallada es considerado precursor del Regeneracionismo, y aun inspirador de muchos de sus autores, es por sus ensayos sobre temas sociales, económicos y políti-

cos. El principal, ya mencionado, es el que llevó como título completo *Los males de la Patria y la futura revolución española: consideraciones generales acerca de sus causas y efectos* (Madrid, 1890); compendio de muchos de sus textos anteriores, se anunció como primera parte de una obra más amplia que, en realidad, tendría continuidad con la serie «La futura revolución española», publicada en *Revista Contemporánea* entre 1897 y 1898.

El libro, al decir de Flores Arroyuelo, «presenta, como nunca se había hecho, un acopio fundamentado de problemas que España tenía y tiene que resolver. Aquí está el problema de la pobreza de nuestro suelo, de lo que hoy se llama “evasión de cerebros”, de la mujer española, del hombre español, de los ferrocarriles, de la especulación, de la minería, de la Administración Pública, de la religión católica española, de la emigración, de la agricultura...».

Como buen geólogo, Mallada combate en primer lugar la tan «arraigada creencia de que vivimos en un país rico y de muchos recursos naturales», abordando con un realismo un tanto pesimista el problema de «la pobreza de nuestro suelo», asunto peliagudo en un país en el que aún predominaba la economía agraria. Achaca las causas de esa pobreza al relieve, al clima, a los tipos de tierras, a la falta de arbolado, etc. Y también al carácter nacional, de «grandes defectos al lado de sus magníficas, de sus brillantes virtudes»; esos grandes defectos eran, para él, flojedad



Portada de la edición original de la Descripción física y geológica de la provincia de Huesca (Madrid, 1878) y de la reedición facsímil del Instituto de Estudios Altoaragoneses

de espíritu, falta de sentido práctico, exceso de fantasía y conductas en consonancia, que generaban mala explotación de ricas minas o de excelentes viñedos, desinterés de los grandes propietarios agrarios y desorden económico y presupuestario.

Muy al día, glosa las primeras respuestas a la encuesta sobre la crisis agrícola y pecuaria, deduciendo que hay más causas estructurales que coyunturales; y, junto a ellas, la inmoralidad y el desbarajuste administrativo, el ca-



ciquismo, la dependencia del capital extranjero para las obras públicas y los ferrocarriles, el proteccionismo que encubre errores y fallos, la mala división de las propiedades, la exagerada y ruinosa centralización, la excesiva contribución territorial y la desigualdad de otros tributos, o el enorme atraso en la industria y el comercio.

El libro resulta brillante, vibrante, muy bien escrito, lleno de elocuentes datos. La crítica a los partidos políticos es devastadora: «Vis-

tos desde fuera, nada remeda juego de niños tan completo como nuestros partidos políticos [...]. Fuera de contadas excepciones, las cualidades generales de los políticos españoles son las siguientes: la más crasa ignorancia en los fundamentos del difícil arte de gobernar; la osadía y la falta de aprensión proporcionales a esa misma ignorancia; el espíritu de discordia y rebeldía en relación con su inmensa soberbia; la veleidad y la ligereza en armonía con su aturdimiento; la ingratitud y la doblez indispensables para su

ambición ilimitada». Como ejemplo del «demoledor y escandaloso sistema de ataques que caracteriza la política española», reproduce un debate que había tenido lugar en el Congreso, en mayo de 1883, entre Montero Ríos, Sagasta, Romero Robledo y González Blanco. Cree, en fin, que con todo ello, los políticos «han causado una indiferencia extraordinaria en la masa general del país, cuyo escepticismo va llegando a su colmo».

Mallada subraya como terrible mal para la sociedad el hecho de que el 75% de los españoles no sepa leer ni escribir. De ahí sus propuestas de reformas educativas. Contra los entusiastas de las cifras, advierte que «si hubiésemos de juzgar del relativo atraso del país por el número de escuelas [...] las deducciones no serían del todo pesimistas» —en cuarenta años se había pasado de 13.334 a 23.132 centros—, pero «si se atiende al estado de los locales en que se albergan y a las condicio-



LOS PIRINEOS

«¡Los Pirineos! ¿Debemos bendecir su existencia o murmurar de ella? A Dios plugo crearlos; al hombre toca hacerse cargo de lo que son e investigar el partido que de ellos puede sacarse. Seamos de los muchos que a través del tiempo y la fatiga contribuyen a la obra, y no tarde en llegar el día en que sean universal y minuciosamente conocidos... Penetremos en sus valles, visitemos sus aldeas, trepemos sus montañas, y cuando hayamos dominado la primera cumbre no nos arredre la fatiga, ni nos detengan las que la siguen y rodean; alentados con la esperanza de los brillantes panoramas que nos aguardan, aumentemos nuestro valor, y en justo premio llegaremos donde veamos más claramente la grandeza de la Creación.»

(L. Mallada, en el prólogo de las *Memorias de la Comisión del Mapa Geológico... de Huesca*, Madrid, 1878).

nes en que los maestros se ven obligados a desempeñar su misión, mucho nos hace falta avanzar para acercarnos al nivel de las naciones más civilizadas». Y presenta un cuadro trágico, con edificios insanos y ruinosos; un tercio de los maestros, sin título; sueldos mezquinos, por debajo de los de un jornalero; nula enseñanza práctica de agronomía, técnicas, etc.

En cuanto a la enseñanza media, aunque reconoce importantes cambios, señala su teoricidad y la escasa atención a las ciencias; respecto de la superior, cree que «más valiera que se contase menor número de centros [...] y que estuviesen mejor dotados de material».

Critica la «crasa y monumental ignorancia de las españolas»: apenas un 8% sabían leer y escribir; especialmente deplora «la deficiente y torcida educación que recibe la mujer de las clases acomodadas... [con] incoherentes e insustanciales estudios de muchas cosas inútiles, a propósito para sacar vanidosas marisabidillas», añadiendo que «su educación moral y religiosa ofrece más graves defectos y más raros contrastes que su educación intelectual».

LA FUTURA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA

En la posterior serie de artículos, asegura Mallada que «un siglo de paz absoluta sería poco tiempo para que España consiguiera desarrollar gradualmente sus elementos de vida y elevarse al rango que le corresponde». Lamenta y prevé la pérdida de Cuba y demás posesiones coloniales; y cree que la crisis del turno de partidos y, sobre todo, la inmoralidad pública pueden originar una revolución, quizá más de tipo carlista que republicano u obrero (concede muy poca importancia a estos movimientos).

Profetiza que, tras la inminente pérdida de las colonias, «España sentirá la más violenta sacudida entre todas las que cruelmente torturaron este siglo [...]. Ya no hay escape, ya no encajarán términos medios: ya no caben aplazamientos. O una revolución económico-administrativa inmediata, sin el estruendo de las armas, o una revolución que, con la tea de la discordia, dirigirá sus primeros ataques

al incendio del trono secular que tantos buenos españoles respetamos».

Por todo ello, y como «tan quebrantada, dolorida y sin aliento concluye España el siglo XIX, que pocas veces habrá estado más dispuesta a soportar cualquier dictadura, viniera de donde viniera, menos el carlismo» (cuyo mayor



obstáculo es el propio Don Carlos, medroso, aventurero e imprudente), le parece necesaria e inevitable la subida al poder de «un estadista ilustre que asumiría temporalmente poderes dictatoriales con el objeto de eliminar el caciquismo, hacer economías en la Administración Pública», etc.

Cree, sin embargo, que no son sólo el ejército, la aristocracia y el clero los principales elementos adversos a la revolución, sino las propias exageraciones revolucionarias, pues en «aquellos tristes años del 73 y 74 el país entero vio adónde van a parar muchas hermosas teorías de la democracia».

ALGUNAS PROPUESTAS DE REFORMA

Mallada no se limita a criticar, sino que propone soluciones, basándose en sus conocimientos profesionales. Por ejemplo, publica un curioso *Proyecto de una nueva división territorial de España* (1881), de tono muy conservador y antirregionalista, no muy afortunado. Asimismo, sugiere diversas “reformas urbanas” en una serie de artículos, publicados en *Anales de la Construcción y de la Industria* (1887-1889), en los que plantea un sistema que permita la eliminación de calles estrechas y retorcidas mediante la expropiación de más terreno del necesario para poder financiar las mejoras, en especial el trazado de la Gran Vía madrileña (retomará el tema en una conferencia recogida en el folleto *Reformas urbanas de Madrid*, 1907).

En 1900, en el Congreso Nacional de Minería de Murcia, presenta una ponencia sobre la importancia de las aguas subterráneas. Y en 1906, ya con 65 años, estudia los terrenos para el embalse de Alhama (Almería), realiza una *Memoria relativa al abastecimiento de aguas potables de la Ciudad de Cartagena*, junto con Luis Mariano Vidal, y en los años siguientes elabora veintitrés *Informes de aguas y otros minerales*, entre ellos algunos sobre asuntos aragoneses: dos relativos a las condiciones hidrogeológicas de Laluega, otro de alumbramientos de aguas en Cariñena y tres más sobre aguas subterráneas en Ayerbe, Sena y el valle del Ribota, que quedarán manuscritos.

Las cartas aragonesas al Rey

En las *Cartas aragonesas dedicadas a S.M. el Rey don Alfonso XIII* (1905) —con las que, a pesar de su retórica dedicatoria, en realidad pretendía que los liberales estrechasen su relación con el monarca—, vuelve a analizar las consecuencias del desastre colonial, en un texto programático:

«Perdimos Cuba, perdimos Puerto Rico, perdimos Filipinas, sufrimos un gran descalabro y una espantosa vergüenza, quedamos humillados, y se volvieron las tornas, pues cayeron a millares los españoles en el más lamentable pesimismo, y exagerando sus quejas y angustias hasta la ridiculez, viéndoles yo fuera del justo medio que en todas las cosas se debe buscar, renegué de tan infecunda filosofía y empecé a vislumbrar el camino por donde España había de llegar a descubrir más agradables y felices horizontes. Más que la pérdida de tales provincias, más que la afrenta de tamaña desgracia, colosal e irreparable en verdad, arrastró al pesimismo a muchos españoles la falta de grandes y acertados gobernantes. Después de la catástrofe, la Nación en masa quería volver los ojos a sus ídolos; pero no los encontraba; y como si por perderse las colonias también se hubiera de hundir la metrópoli, eran muchos los que, desesperados, renegaban del siglo en que nacimos, sosteniendo que al cabo de tantas contiendas y de tantas revueltas, en España no había generales, ni marinos, ni estadistas, ni hacendistas, y que por no haber hasta se nos acababan los oradores, los cómicos, los toreros y las bailarinas.»

Como afirma Driever, se trata de su último ensayo regeneracionista, si bien dejó inédita una segunda parte en la que proponía una serie de medidas políticas y administrativas concretas. Distanciándose del marasmo del 98, critica la apatía de sus amigos del partido conservador. Cambia su visión sobre las causas de la decadencia: no tanto ya la pobreza del suelo cuanto la torpeza de sus habitantes, incluyendo sus diversas clases sociales salvo el Ejército, «institución a la que la corrupción y decadencia de la época habían afectado menos». Apela a la clase media burguesa como nueva “clase directora” y muestra mucha mayor comprensión hacia «la llamada cuestión obrera, que es el principal de todos los problemas sociales».

MONARQUÍA O REPÚBLICA

En el terreno ideológico, Mallada se encuentra entre los republicanos que aceptan la monarquía en actitud posibilista, pero no quiso ejercer actividad política alguna: Ricardo del Arco afirma que no sólo su amigo Cánovas sino también Sagasta le ofrecieron la alcaldía de Madrid, que rehusó.

Se puede afirmar que Costa y Mallada se conocieron, y no poco, y que éste influyó decididamente en Costa, por la existencia de alguna carta entre ambos, la gran semejanza de puntos de vista en muchos asuntos y sus respectivas vinculaciones con la Real Sociedad Geográfica de Madrid



Monumento a Mallada en Huesca (Foto: Daniel Pérez)

y la Institución Libre de Enseñanza. Quizá el claro posicionamiento conservador del primero llevara al segundo a un cierto distanciamiento. Mejor documentada está la relación de Mallada con Pío Baroja, de cuyo padre, Serafín —como él, ingeniero de Minas—, fue muy amigo.

Mallada muere en Madrid el 6 de febrero de 1921, casi octogenario, tras una vida dedicada a sus clases e investigaciones. Cuatro años después, el 3 de mayo de 1925, se organizó en Huesca una serie de actos en su recuerdo, por iniciativa del Ayuntamiento oscense, la Academia de Ciencias de Zaragoza y los colegas en Madrid del ilustre altoaragonés. Una lápida, un monumento y un librito de Del Arco quedan para la historia.

DOS CARTAS DE MALLADA A COSTA

Madrid, 22 de marzo de 1882
Sr. D. Joaquín Costa

Mi respetable y querido amigo:

Tiene V. que perdonarme el no haberle visto aún conforme eran mis deseos. Mis múltiples ocupaciones y mi zozobra por el comienzo de los debates en la Sociedad Geográfica respecto a mis escritos me impidieron ver a V. ayer.

Adjunto devuelvo el ejemplar del 5º artículo, libre ya de ciertas frases algo duras, de otras de dudoso gusto y de otras no del todo pertinentes. Todavía podrá V. suprimir algún párrafo que considere oportuno tachar.

Pensaba decir a V. verbalmente que el aplazamiento de la Exposición de minería para el próximo año me induce a aplazar a mi vez las conferencias mineras para el curso que viene. La conveniencia de éstas es mayor en la época en que al público interese más ilustrarse por algo (por mi parte no sería mucho) respecto a ese ramo de conocimientos. De todas maneras estoy a la disposición de V. y procuraré visitarle esta noche o mañana.

Agradezco a V. mucho que proporcione la reproducción de mis escritos de Causas físicas en su ilustrado Boletín, repitiéndome de V. affmo. amigo S.S.q.b.s.m.

Lucas Mallada

Madrid, 5 de septiembre de 1892
Sociedad Carbonífera de Matallana

Mi querido y respetado amigo:

Mucho agradezco a V. su atención de remitirme el proyecto de reglamento de la Cámara Agrícola del Alto Aragón que tengo a la vista y he leído.

do con sumo interés. Desde luego le digo que celebraré mucho se constituya esa Cámara con entusiasmo y vigor y que se obtengan algunos resultados o se esté en camino de ello. Yo soy demasiado pesimista; y si por una parte siento mucho no ballarme pasado mañana entre Vds., por otro lado me conformo tranquilo, pues a ser a V. franco, no me satisface del todo ese reglamento. Sin descender a detalle, varios artículos me atrevo a juzgar de ilusorios y le diré que parto de una base racionalmente muy justa, en la práctica de todo punto inocente.

Promover la construcción de canales de riegos por el Estado es un hermoso ideal que no veremos realizado en nuestros días. Por muchos años, por una cantidad de años hoy incalculables, el Estado no podrá subvencionar con una peseta, no digo los canales de esa pobrísima e infeliz provincia, sino en la feracísima cuenca del Guadalquivir que, con suelo y clima mucho mejores que el Alto Aragón, sigue y seguirá mustia y arruinada.

Para mí, la construcción es muy sencilla. ¿Puede procurarse o no la Cámara Agrícola o una sociedad de irrigación el capital para construir canales y pantanos, prescindiendo del Estado? ¿Habrà siquiera en Aragón aliento para reunir 20 ó 30 millones de pesetas? Si tan pobre es nuestra tierra que no puede, seguirá de seco en el siglo XX como en los anteriores. Las bases para construir canales de riegos por cuenta del país es inútil que las desarrolle, tanto porque veo que esa Cámara aspira a su redención de la miserable entidad llamada Estado (leáse de las miserables agrupaciones llamadas Gobierno de España), cuanto porque sospecho que no hay en Aragón ni recursos, ni aliento para regenerarse por sus propios esfuerzos. Esto es triste y ciertamente que no debo mortificar a V. más con mi pesimismo. Pero también es triste que en Aragón hay mucho menos sentido práctico que en Cataluña, en Valencia, en Vizcaya y en algunas otras regiones más ricas y adelantadas.

A nuestra vista hablaremos algo más del asunto, y entre tanto quedo siempre afectísimo amigo, S.S.q.b.s.m.

Lucas Mallada

(Tomadas de los Anales de la Fundación Joaquín Costa, 1989 y 1991)

LA UTOPIÍA PESIMISTA DE JOAQUÍN COSTA



UNA BIOGRAFÍA ATORMENTADA

El gran político, jurista y pionero en varias ciencias sociales Joaquín Costa Martínez nace en Monzón, el 14 de septiembre de 1846, en el seno de una familia muy humilde de agricultores. De adolescente trabaja de albañil a la vez que estudia en Huesca la enseñanza primaria y, luego, el bachiller. En 1867 obtiene una beca para ir a París como obrero y portero del pabellón español en la Exposición Universal. Posteriormente, se traslada a Madrid y se doctora en Derecho (1874) y Filosofía y Letras (1875). A partir de entonces inicia una brillante carrera, condicionada por dos grandes limitaciones con las que hubo de luchar durante toda su vida: una enfermedad congénita y progresiva, que le llevará a un retiro temprano de toda actividad pública y a la muerte a los 64 años; y una situación económica familiar rayana en la miseria, a la que se unirá un peculiar enfoque del tema económico. A estos impedimentos se contraponen una inteligencia excepcional enmarcada en un singular carácter, una enorme ambición intelectual, una fuerte personalidad y, sobre todo, una gran capacidad de trabajo.



Retrato de Joaquín Costa en Madrid, a los 24 años, por la Fotografía Rivas de la Puerta del Sol, 1870 (Colección J. M. Auset Viñas)

Acerca de la etapa universitaria de Costa, afirma Cheyne de manera concluyente: «Lo que logró Costa en cuatro años, sin ninguna clase de recomendación, es impresionante». Su amigo Ducay, que le trató íntimamente desde niño, calculaba que habría trabajado durante 50 años «a razón de dieciséis horas diarias». Según tradición familiar recogida por José María Auset Brunet, «su jornada de trabajo se iniciaba sobre las doce del mediodía y acababa a altas horas de la madrugada».

Uno de los grandes tópicos sobre Costa es el de sus “rarezas”. El hecho de que en su vida abundaran razones para conducirle al pesimismo, la misantropía o la “melancolía incurable” –según el conocido artículo de *Azorín*– no es obstáculo para que también se le recuerde por su rigor y seriedad o por su humor socarrón. Es frecuente su indignación ante la impotencia para cambiar la situación política: «Tengo que violentarme y tragar saliva», escribe a Giner. Se ha criticado también su genio, pero era proverbial su afectuosidad con sus amigos y con los niños.



Lápida conmemorativa en la casa natal de Costa, en Monzón

La pobreza de Costa

Luis Antón del Olmet, en su obra *Los grandes españoles. Costa* (s.l. [Madrid], s.a. [1917], pp. 70 y 93-94), reproduce, entre otros muchos, estos textos del diario inédito de Costa:

«Sufro la obsesión de las deudas y de los enojos. El sastre me pide el dinero que le debo por ropa ya gastada. Carecía de botas, no podía mudarme de camisa, hacía un frío horrible y no tenía camisetas ni chaleco, ni calcetines, ni brasero; [...] no podía estudiar, pensando en que necesitaba cuarenta duros y no había de poder encontrarlos; tenía grandes proyectos y me veía obscuro y sin esperanzas de un rayo de luz.»

«[...] Estoy en cueros: no tengo pantalón para salir de casa. Giner estuvo malo, y para ir a verle tuve que ponerme uno que hasta para casa había desechado por roto. Su color obscuro disimulaba más la vejez que el otro claro de los diez y ocho meses seguidos. Le falta el trasero, y no tengo calzoncillos [...]; pero algunos días no tengo papel y he de revolver los cuadernos antiguos para arrancar la hoja u hojas que quedan en blanco; y eso que gasto costeras de a real: rebusco lo que dejé cuando no podía estar peor.»

En contraste con la suprema pobreza en que vive, desprecia las grandes tarifas de los abogados. M. Baselga afirma que se negó a cobrar los honorarios establecidos según tarifa (450.000 pesetas) por su actuación en el pleito de La Solana, «renunciando a favor de los pobres a quienes defendía». También parece que dedicó mucho dinero a sus campañas políticas, pues él mismo afirmó: «Yo he gastado en esto todo lo que tenía y bastante más».

En su vida sentimental tuvo muy mala suerte: no supo o no quiso renunciar a sus principios o a su forma de vida a cambio del amor de una mujer, afecto que deseó y añoró siempre. Entre sus varios enamoramientos conocidos (Pilar, en Huesca; Fermina Moreno, en Madrid; Concepción Casas, hija de un médico ultramontano de Huesca, quien le rechaza por progresista) destaca Isabel —*Elisa*— Palacín, esposa de su protector, Teodoro Bergnes, y con la que, en un principio, mantuvo una gran amistad; cuando ella enviudó se unieron sentimentalmente y tuvieron una hija en 1883, Pilar. Costa, sin embargo, no se casó ni prohibió a la pequeña, aunque la adoptó muchos años después, en 1900, cuando ella se dispuso a contraer matrimonio.

De esa dialéctica entre las graves carencias, su elevada dotación intelectual y su enorme esfuerzo personal surgirá la valoración que el propio Costa hace de su vida, una pelea interminable con las dificultades y limitaciones, que también provienen, en su caso, del ambiente exterior, especialmente el de la política de la Restauración, que repudia y ante la que se siente marginado.

Esa continua frustración se verá aumentada por los reveses universitarios: la injusta concesión —por la evidencia comparativa de los ejercicios— del premio extraordinario de doctorado en Letras a Menéndez y Pelayo (1875), obvio candidato del nuevo régimen de la Restauración, y la fracasada oposición a las cátedras de Historia de España y



Joaquín Costa Martínez (1846-1911) en foto de Company, Madrid, hacia 1894

de Derecho Político, caso este último en el que la normativa hace decidir al ministro entre una terna, a lo que Costa se niega.

Finalmente, obtendrá con brillantez una plaza de notario, producto de «cinco meses de martirio indecible moral y físico», lo que le llevará a Granada y Jaén, hasta obtener su traslado a Madrid (1893).

EL JURISTA

Aunque abordó muchos temas, en el terreno profesional Costa fue, ante todo, un gran jurista (profesor, investigador, oficial letrado, notario). Escribió, siendo muy joven, *La vida del Derecho* (1876). Nombrado profesor auxiliar en la Universidad Central, renunció a su cargo, en protesta por la política educativa de la Restauración, en compañía de Giner de los Ríos y otros docentes, quienes decidieron crear la Institución Libre de Enseñanza. A ella se vinculará Costa como director de su *Boletín* (1880-83); asimismo, impartió clases y participó eficazmente en el Congreso Pedagógico Nacional de 1882.

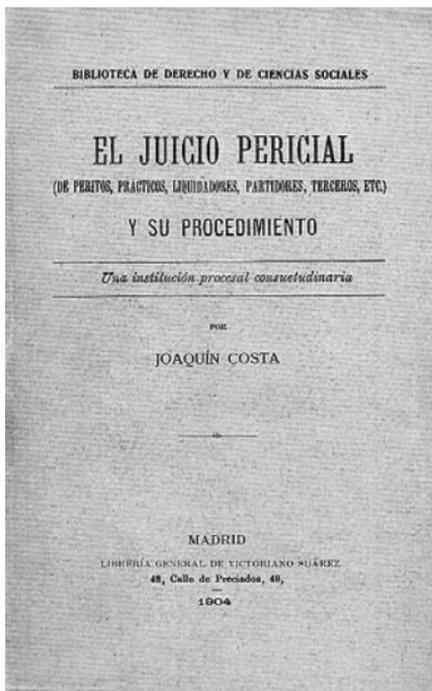
Obtuvo plaza como oficial letrado —lo que hoy es un abogado del Estado— en Cuenca y, luego, en Huesca (1877-79), donde redactó las obras *Cuestiones celtíberas: religiones; Organización política, civil y religiosa de los celtíberos* y *Derecho consuetudinario del Alto Aragón*. De

nuevo en Madrid, trabaja como pasante y colabora en la *Revista de España*, en la *Revista General de Legislación y Jurisprudencia* y en la Real Academia de Jurisprudencia (donde presenta sus *Estudios jurídicos y políticos* y *Teoría del hecho jurídico individual y social*). Más adelante, elabora un *Plan de una Historia del Derecho español en la Antigüedad* (1887) e interviene en varios congresos, entre ellos, de forma destacada, el de Zaragoza (sobre el que publicará *La libertad civil y el congreso de jurisconsultos aragoneses*). Costa acuñará una feliz frase: «Aragón se define por su Derecho».

En su revisión ideológica y política de muchos apartados del Derecho español, que considera obsoletos, resalta la importancia de la costumbre y de la historia, y propone reformas sensatas y originales. Fermín del Pino se plantea ante sus estudios: «¿Qué significaría el Derecho consuetudinario hoy, en términos disciplinares? Me parece que cabe responder que Antropología Cultural o Etnografía». También Ana María Rivas señala «la originalidad antropológica de Costa en su interpretación del Derecho y de la costumbre: enraizar las creaciones jurídicas del pueblo en la realidad histórica vivida por los hombres en cada caso concreto, de acuerdo con las circunstancias determinadas de su medio ambiente natural y social; penetrar todos los detalles de su vida jurídica para comprender el sentido ideal al que obedece y las necesidades a que responde cada uno de los hechos en que se manifiesta».

En efecto, Costa plantea «explicar la legislación popular por boca del pueblo mismo que la vive», «interrogar el Derecho vivo de la tradición oral», «multiplicar los múltiples aspectos en que cada costumbre se ofrece», «recoger la infinita variedad de los hechos en que florece y se realiza la vida», «declarar la doctrina mediante los mismos hechos en que la doctrina se revela y se realiza», «deducir la doctrina, o el precepto general de casos particulares tomando las notas comunes a muchos y generalizándolas» y «señalar las variantes que en una misma localidad, o en localidades diferentes, sustenta cada una de las instituciones consuetudinarias».

En la elaboración de la obra *Derecho consuetudinario y economía popular en España* (1902), cuyas páginas fueron apareciendo en diversas publicaciones durante las dos décadas anteriores, Costa ofrece una amplia información sobre Aragón y otras zonas de España,



tarea en la que colaboran personalidades como Unamuno, Altamira, Giner, Pedregal o Piernas Hurtado. Los autores pretendían influir para que constase en el nuevo Código Civil, de 1889, el mayor número posible de costumbres y tradiciones, entre ellas muchas de tipo económico. Su descripción de abundantes hechos aporta unos materiales valiosísimos a las historias del Derecho y la Economía.

En 1901, Costa ingresa en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas con un discurso sobre *El Problema de la ignorancia del Derecho y sus relaciones con el "status" individual, el referéndum y la costumbre*. En 1904 publica *El juicio pericial y su procedimiento* y, un año después, su estudio sobre *Fideicomisos y albaceazgos de confianza y sus relaciones con el nuevo Código Civil español*. El Derecho es, pues, un asunto recurrente, básico, de toda su obra.

EL POLÍTICO

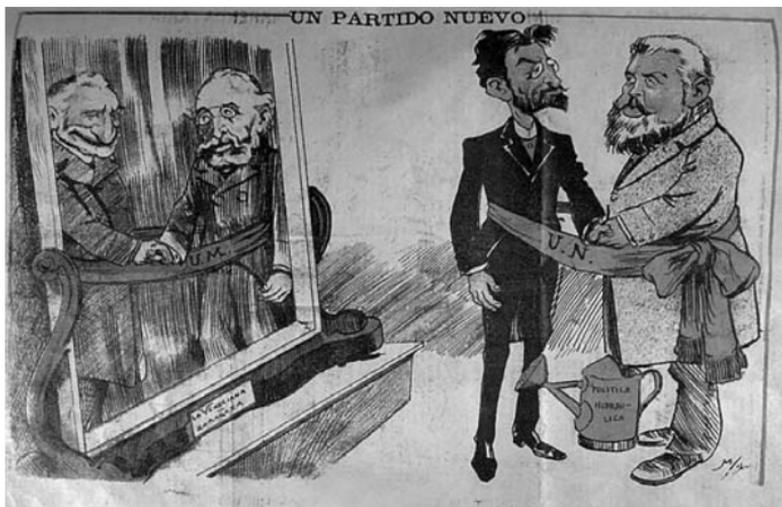
La orientación de Costa, cada vez más política, proviene del estudio de las raíces populares, desde la conciencia de la situación del mundo rural, tras participar en los Congresos de Agricultores y Ganaderos (1880-1881) y elaborar su *Introducción a un tratado de política textualmente sacado de los refraneros, romanceros y gestas de la Península* (1881). Recluido por un tiempo en el amado y familiar Graus, organiza desde allí la Liga de Contribuyentes de

Ribagorza, con claro sentido de reivindicación socioeconómica, que derivará en un movimiento político. De ahí surgen varias campañas por todo el Alto Aragón (1892 en adelante), con diverso éxito. Uno de los grandes aspectos reivindicados es la potenciación de la producción agraria gracias al regadío, mediante el incremento de obras hidráulicas que debe sufragar el Estado, en opinión de Costa.

A la vez, elabora una de sus obras magnas, *Colectivismo agrario* (1898), en la que, con una profunda visión política y científico-social, hace una dura crítica de la destrucción, por las desamortizaciones y otras prácticas, de ancestrales sistemas de propiedad comunal, que describe muy documentadamente.

Tras el “Desastre”, Costa moviliza a la opinión pública y consigue la creación de una Asamblea Nacional de Productores, que, junto con las Cámaras de Comercio que lidera el zaragozano Basilio Paraíso y las clases propietarias castellanas dirigidas por Santiago Alba, forman la Unión Nacional, embrión de un nuevo partido político populista y muy crítico con el sistema de la Restauración. Pero la falta de acuerdo acerca de la propia esencia como partido y sobre sus metas, amén de las divisiones y enfrentamientos con Alba y Paraíso, hacen fracasar el empeño.

La atribución de responsabilidades por la situación española a la propia monarquía en los trabajos de Costa de esos años (*Quiénes deben gobernar después de la catástro-*



Litografía del semanario satírico Gedeón (7 de marzo de 1900), que se publicó con el siguiente texto: «En ese mágico espejo que fabricó Paraíso, se miran como industriales y se ven como políticos»

fe y Reconstitución y europeización de España) y, sobre todo, la recepción de la encuesta realizada desde el Ateneo de Madrid con la colaboración de grandes figuras de la cultura —de Unamuno a la Pardo Bazán— sobre *Oligarquía y caciquismo como la forma actual de gobierno en España: urgencia y modo de cambiarla* (1901) supondrán la marginación del pensador altoaragonés de los centros políticos del sistema. Alberto Gil Novales ha puesto en evidencia la gran contradicción en la que incurre Costa en este estudio, «acaso el más importante de los publicados en España al

alborear el siglo XX», pero en el cual Costa trabaja desde el Ateneo, con ánimo conciliador e invitando a numerosas personalidades del régimen de la Restauración, al que trata de criticar a fondo: «Hacía falta romper con oligarcas y caciques, pero la información no los excluye: en cuanto hombres representativos de la cultura de su época».

En adelante, será con frecuencia portavoz y jefe de filas de quienes abogan por una respuesta mucho más radical y activa a los graves problemas del país. Su revulsiva actitud frente al sistema de turno de partidos, sus denuncias de las torpezas y egoísmos de los políticos, caen en desierto, pero le van concediendo cada vez mayor protagonismo moral. Su elección como diputado republicano llega en un momento en el que ha perdido casi del todo la esperanza en regenerar España: ya nada le consuela, no desea ratificar con su presencia la corrupción política oficial. Su fracaso político le radicaliza verbalmente y le acerca, en sus últimos años, al socialismo.

Derrotado y muy enfermo, se retira ya para siempre a Graus, donde inspira la publicación de *El Ribagorzano* y desde donde aún sale alguna vez para tronar —de ahí el sobrenombre de “León de Graus”— contra proyectos gubernamentales como la peligrosa Ley Antiterrorista, o para ofrecer sus *Siete criterios de gobierno*. En esa etapa final se reafirma en su ideal republicano, matizado por el gran respeto que le inspira Pablo Iglesias.



*Costa ante su casa de Graus, con sus paisanos, hacia 1910
(Foto: Archivo Histórico de Huesca)*

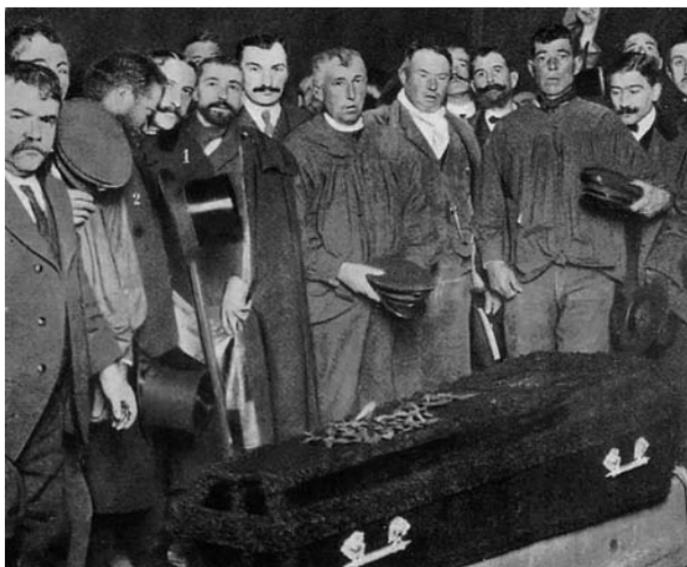
Costa no estuvo casi nunca satisfecho de su vida, de su situación ni aun de sus obras. Hacia 1905 escribe: «Siempre he llegado a deshora. Cuando quise ser catedrático, no quisieron mis jueces, o los que influían sobre los jueces; cuando quise ser diputado, no quisieron los electores, o los que mandaban sobre los electores; cuando quise ser gobernante (partido político Asamblea de Zaragoza) no quiso el país (en el hecho de desbaratar aquello con la cabeza desequilibrada de Paraíso, los unos; los otros, de no querer partido, sino liga); cuando quise ser notario, registrador, juez (notaría única, mis libros, Asamblea notarial, etc.), no quisieron los notarios ni el ministro; cuando quise ser labrador, no quisieron los tribunales ni el clero (La Solana, Ciudad Real)».

De ahí los lamentos de sus últimos años en Graus: «Tengo comprometidas y embargadas las contadas horas y la escasa resistencia física que me queda». Al fin, viene el abandono físico, el definitivo, posterior al abandono político y aun el social y cultural. A mediados de junio de 1910 declara a Bescós:

«He resistido, me he rebelado, pero ya hoy decididamente *me doy*: ¿para qué luchar más? Mi última crisis ha venido rabiando a acabar de inutilizarme. No me ha quedado ni una chispa de potencia para el trabajo: se me dobla el cuerpo y tengo que recogerlo (*le redresser*) a cada momento, con esfuerzo doloroso. En fin, lo que fuere: el hecho es que estoy arrumbado. ¿Definitivamente?

¿Sin remedio? Mi pensamiento lo tiene por muy probable aunque me inunde tristeza el pensar que etc., etc., etc.»

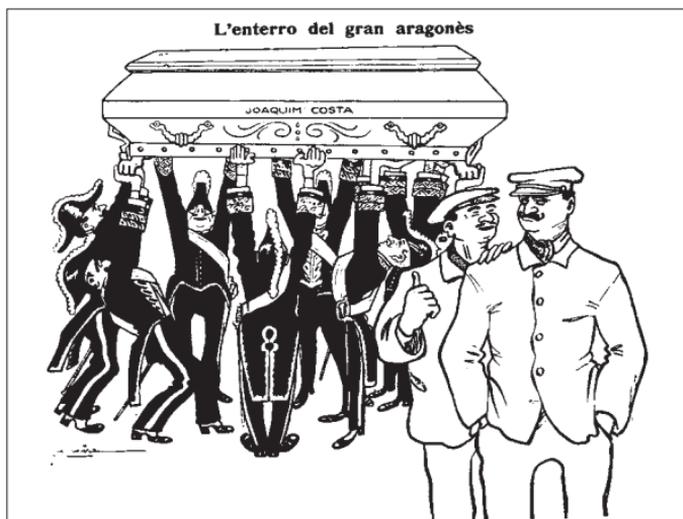
Pocas semanas antes de su muerte, le visita su amigo el catedrático Ricardo Royo Villanova, quien concluye así su estudio: «La enfermedad de Costa es de los pies, y no de la cabeza; del movimiento, y no de la ideación; de la carne, y no del espíritu; de los músculos y no de los nervios... La enfermedad de Costa se llama miopatía primitiva progresiva, que empezó hace ocho lustros bajo el tipo



Entierro de Joaquín Costa, en el Blanco y Negro del 19 de febrero de 1911

de pseudo-hipertrófico, y hoy se vislumbra con el de Landouzy y Dejerine».

La muerte le sobreviene en una larga madrugada, ya sin conocimiento, el 8 de febrero de 1911, y provoca una gran convulsión nacional. Se le da sepultura en Zaragoza, al oponerse el pueblo al traslado de sus restos al futuro Panteón Nacional... y no desear los políticos monárquicos un entierro multitudinario en Madrid, capaz de presentarse casi como un plebiscito contra el sistema.



Viñeta publicada en el semanario satírico barcelonès La Campana de Gràcia el 18 de febrero de 1911, con el siguiente texto: —Sabes por qué levantan tanto ahora a este hombre? —Sí, porque ya murió»



Vista del monumento funerario a Costa en el cementerio zaragozano de Torrero. Dice así la lápida: «Nuevo Moisés de una España en éxodo; con la vara de su verbo inflamado alumbró la fuente de las aguas vivas en el desierto estéril. Concibió leyes para conducir su pueblo a la tierra prometida. No legisló» (Foto: publicada en la revista Aragón en febrero de 1926)

Su no muy larga pero sí fecunda vida puede resumirse en las precisas frases de Luis Antón del Olmet («Se hizo solo y vivió solo»), Cheyne («Antes que a un gran fracasado, yo veo en Costa a un gran frustrado») y Josep Fontana, quien destaca la «profunda lección acerca de la responsabilidad del intelectual y del precio que puede verse obligado a pagar si se mantiene fiel a ella».

El mismo año de su fallecimiento aparecen todos sus discursos y escritos sobre política hidráulica, en cierto modo su testamento político y una de las grandes batallas que ganará después de muerto, al ser impulsados, años después, importantes planes de riegos en Aragón y en otros lugares de España. Su propuesta de un “cirujano de hierro” como solución de urgencia a los problemas nacionales sería instrumentada por la dictadura de Primo de Rivera y por el franquismo, logrando casi una imagen desdibujada y confusa de su mensaje, radical, honesto y progresista.

COSTA, PIONERO DE LAS CIENCIAS SOCIALES EN ESPAÑA

Las ideas y prácticas pedagógicas

Los años en la Institución Libre de Enseñanza constituyen su principal etapa como docente y teórico de la educación, si bien, en sus campañas finiseculares tras el “Desastre”, volverá a retomar el tema como auténtica ancla de

salvación de España, junto con las reformas económicas. El lema “Escuela y Despensa”, una de las muchas frases o conceptos suyos trascendidos al acervo común, define perfectamente esa preocupación.

Entre sus abundantes ideas renovadoras destacan sus afirmaciones sobre la enseñanza globalizada, las misiones pedagógicas, la organización y el régimen educativo de la enseñanza media —con mayor atención a la labor formativa y personal del maestro, al igual que en la primaria—, la supresión radical de los exámenes por asignaturas, el régimen tutorial, la importancia de la educación física, la autonomía universitaria, la creación y ampliación de los colegios mayores y de becas en el extranjero, la dotación actualizada de libros y revistas en las bibliotecas, la proyección social de la Universidad, la intensificación del trabajo personal de investigación, la apertura de la escuela al mundo o la educación natural, espontánea, amorosa y disciplinada del niño. En definitiva, una radical y amplia secularización de la escuela y su apertura a la sociedad, de modo que —como un siglo después sugieren los partidarios del “aula sin muros”— todo sea escuela.

Costa sabe muy bien qué maravillas podrían conseguirse en la sociedad, en muy pocos años, utilizando debidamente la escuela: «Nuestra áncora de salvación, si todavía queda alguna para España, está fundamentalmente en reorganizar y crear la “escuela”, entendiendo por esto implantar a

todo gasto, cueste lo que cueste, en todas sus imponentes proporciones [...] un vasto sistema de instituciones docentes». Para ello propone la regeneración total: «Hay que rehacer al español: acaso dijéramos mejor hacerlo. Y la escuela actual no responde ni remotamente a tal necesidad. Urge refundirla y transformarla» para crear “nuevos hombres” que desarrollen «la conciencia del deber, el espíritu de iniciativa, la confianza en sí propio, la individualidad, el carácter».

Y es que «el problema de la regeneración de España —afirma Costa en Valencia en 1899—, es pedagógico, tanto o más que económico o financiero, y requiere una transformación profunda de la educación nacional en todos sus grados».

En cuanto a la escuela primaria, señala la urgencia de mejorar la condición económica y social de los maestros; aumentar el número de escuelas y, sobre todo, de profesores; «hacer desapa-



Vestíbulo del Colegio Público Joaquín Costa, inaugurado en 1929, uno de los más avanzados de la época (Foto: Revista Aragón)

recer en pocos años el analfabetismo»; elevar la edad obligatoria de escolarización hasta los trece años; reorganizar las escuelas rurales con especial formación agraria, fomentar las de párvulos por el sistema del ilustre pedagogo Fröebel y graduar, siempre que se pueda, las de adultos; suprimir las Escuelas Normales innecesarias e incrementar con cursos de carácter universitario la formación de directores, profesores de Normales e inspectores, cuyo número debe incrementarse hasta poder inspeccionar todas las escuelas anualmente. Imagina, asimismo, una especie de misiones pedagógicas por comarcas. A ello se añade su propuesta, explicitada en Valencia en 1899, de «introducir en el programa y en las prácticas de las escuelas los métodos intuitivos, la educación física y moral y la formación del carácter, las excursiones y los campos escolares, la enseñanza de oficios».

El bachiller, que estima debe durar de ocho a diez años, habría de ser fundamentalmente educativo: «Cada profesor pasará de tres a cuatro horas con sus alumnos, enseñándoles a trabajar, dirigiendo sus excursiones, juegos, etc., como hace el maestro de escuela». Sugiere organizar la enseñanza secundaria atendiendo a los aspectos didácticos, suprimiendo radicalmente los exámenes —«cada profesor en su curso decide si el alumno ha de pasar o no al inmediato»— y ensayando un «régimen tutorial, a la manera inglesa». Tanto en la primera como en la segunda enseñanza insiste en la necesidad de las excursiones, el museo, que

debiera ser creación de los alumnos, y la ruptura de murellas entre asignaturas, en busca de un saber globalizador.

Es preciso, repite, «prender fuego a la vieja Universidad, fábrica de licenciados y proletarios de levita, y edificar sobre sus cimientos la Facultad moderna, cultivadora seria de la ciencia, despertadora de las energías individuales, promotora de las invenciones. Fundar colegios españoles en los principales centros científicos europeos y americanos para otras tantas colonias de estudiantes y de catedráticos españoles [...] a fin de que dos o tres centenares de ellos todos los años vayan a estudiar y a saturarse de ambiente europeo». Propone, en fin, la «restauración del espíritu corporativo de las Universidades, mediante la autonomía universitaria», la organización de escuelas prácticas de trabajo en cada Facultad, el establecimiento de un centro superior de investigación, la enseñanza de la Pedagogía para profesores, el estudio práctico con trabajos personales, laboratorios, bibliotecas modernas y revistas en gran número, la extensión del influjo social de la Universidad, la reorganización de las cátedras, la supresión de exámenes por asignaturas y una mayor exigencia en los trabajos de licenciatura y doctorado, «que habrán de ser siempre forzosamente de investigación y estudio personal».

La Economía

Ya se ha mencionado la participación de Costa en los Congresos de Agricultores y Ganaderos (1880-1881). Sus

“dictámenes” son un precoz diagnóstico sobre lo que algo después sería uno de los debates claves de la historia del campo español: la polémica del cereal en la crisis agraria de la década de 1880, tan decisiva para entender el origen de las ideas de Costa, mucho más profundas y variadas que la conocida “política hidráulica”.

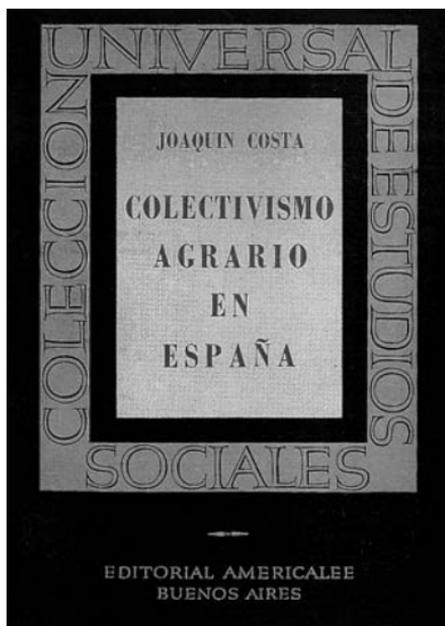
El pensador altoaragonés vive con especial sensibilidad las secuelas de la gran crisis agrícola y pecuaria, preocupado no sólo por mitigar la sed de las tierras, sino también por establecer cultivos más productivos y mejorar la condición de los jornaleros y pequeños campesinos. Quiere extender los prados y hacer compatible una rica ganadería con una próspera agricultura: reducir el terreno del trigo, pero aumentar sus rendimientos con abonos; repoblar de árboles los montes y ocupar las vegas con frutales; promover el cultivo de forrajes y plantas industriales, etc. Su sueño contempla un Aragón verde, lleno de ciudades, fábricas agroalimentarias, ferrocarriles y carreteras que faciliten la exportación; repoblado y con emigrantes que regresan porque ya abunda el trabajo y el alimento para todos.

Otro aspecto, muy curioso e interesante, del pensamiento de Costa es el relacionado con la política colonial. Una introducción activa en la coyuntura internacional española le había llevado a participar en numerosos mítines y conferencias africanistas y abolicionistas, donde plantea su punto de vista de *El comercio español y la cuestión de África*

(1882). Asimismo, dirige el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil (1883) e interviene en la fundación de la Sociedad de Africanistas y Colonistas y de la *Revista de Geografía Colonial* (1885-1887). Costa inspira y dirige las campañas de Iradier y Montes de Oca, e insiste en la ocupación de Sáhara, Ifni y Guinea, primero, y, más tarde, en la racional gestión del protectorado de Marruecos, destacando siempre su visión comercial, pero sin olvidar la defensa de los derechos humanos y la promoción cultural y social de los naturales de esas tierras. Para todo ello, pone el acento en la necesidad de mantener una fuerte marina mercante y una política internacional que devuelva a España el prestigio de otros tiempos.

Respecto al problema de Cuba —y, de forma más genérica, al de las colonias—, Carlos Serrano opina que «los planteamientos de Costa destacan por su acusado y constante carácter reformador y liberal: opuesto primero a la esclavitud, favorable después a la autonomía administrativa y económica, resulta ser acérrimo adversario de todo lo que propugnaba e imponía el clan colonial en la Península y en la Isla, haciendo de ésta su fuente particular de ingresos».

En la primera parte de la obra *Colectivismo agrario* (1898), muy bien documentada, resume las principales doctrinas sobre el tema, desde los teóricos del siglo XVII (Cellorigo, Caxa de Leruela, etc.) y de la Ilustración

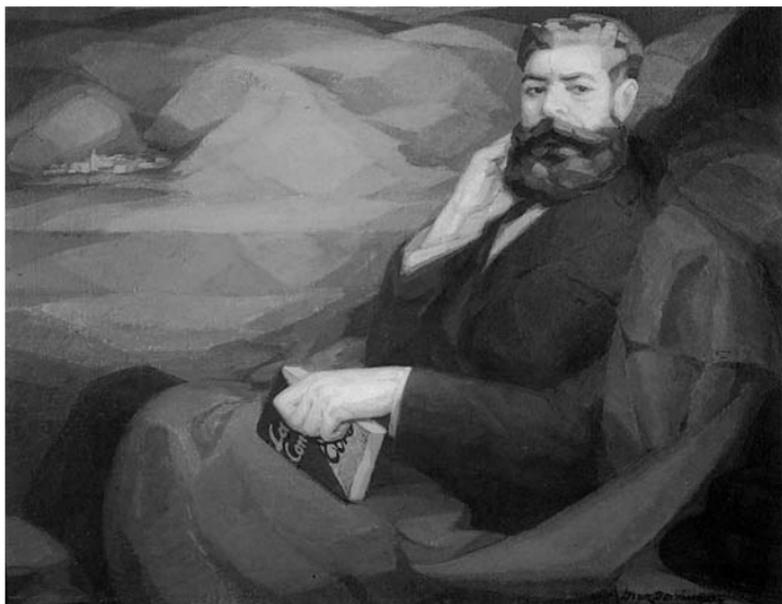


(Aranda, Campomanes, Jovellanos) hasta los planteamientos políticos del XIX y las tesis de Flórez Estrada, dando forma a una magnífica historia del pensamiento económico sobre este asunto. En el segundo tomo presenta lo que viene a ser una amplia historia de los sistemas de propiedad y sus diversas modalidades (desde los cotos a las tierras concejiles y comunales), las formas de explotación, etc., para lo que se remonta a dos siglos antes de nuestra era; también,

con notable agudeza, trata del control sobre el agua y sus distintas formas de propiedad, las cofradías pesqueras, etc.

El corpus de sus ideas económicas queda establecido en estas propuestas, que extiende a todo el país: cambio radical en la aplicación y dirección de los recursos y energías nacionales (presupuesto volcado en educación, colonización interior, obras hidráulicas, repoblación forestal, investigación científica, etc.); abaratamiento rápido del pan y de la carne, aumentando la productividad y favoreciendo el

crédito agrícola; mejora de los caminos de herradura; suministro de tierra cultivable, con calidad de posesión perpetua e inalienable a los que la trabajan y no la tienen propia; legislación social (contrato de trabajo, seguro social, cajas de retiro); saneamiento y europeización de la moneda, mediante el progreso de la agricultura, la minería y el comercio, etc.



Joaquín Costa con el Ebro como fondo, en sus manos un ejemplar de La conquista del Ebro de Lorenzo Pardo; óleo de Ángel Díaz Domínguez de bacía 1932 (Fundación Joaquín Costa)

Costa logró ver terminado el Canal de Tamarite, asumido por el Estado en 1896 e inaugurado diez años más tarde, y sus ideas inspiraron el famoso Plan Gasset, de 1902. Pero sólo tras su muerte recibirán las propuestas hidráulicas un nuevo impulso, con el I Congreso Nacional de Riegos (Zaragoza, 1913) y el Plan de Riegos del Alto Aragón (1915), finalmente también asumido por el Estado, que en 1926, en plena dictadura de Primo de Rivera —quien se reconoce émulo de Costa—, pone en marcha con la del Ebro las Confederaciones Sindicales Hidrográficas.

Antropología y Etnografía

Carmelo Lisón Tolosana afirma que Costa comenzó muy pronto (en 1876) a publicar artículos sobre costumbres, religión, folclore, mitología y literatura popular. Constata en total 56 escritos de carácter etnográfico-antropológico, en los que destaca «la manera de recoger los datos y la interpretación cultural conjunta a que los somete, [lo que] le hace acreedor a figurar en lugar honorífico en la historia de nuestra disciplina». Costa, expone, «está seguro de que hay que beber en el manantial de la cultura popular, que hay que ir al campo, dialogar con la gente, observar al pueblo en acción, recoger directamente los hechos vivos, palpitantes, en operación... exactamente lo que hace el antropólogo hoy». Busca informantes, documentos de todo tipo, se plantea preguntas, selecciona temas y los somete a reflexión crítica.



La Plaza Mayor de Graus hacia 1925 (Foto: J. Gil Marraco)

Añade Lisón que «su peregrinaje por la historia interna, sus sondeos por la parajudicialidad, por la etnografía de la mente, del arte y del proverbio le hacen no sólo, quizá, el primero de los etnógrafos de su época, sino que le convierten, además, en figura central en nuestra tradición antropológica». A su vez, resalta el papel del pueblo como «una figura moral, una presencia espiritual creadora, pero callada, subterránea y latente, a lo largo de la historia».

El norteamericano Greenwood afirma en 1996: «[...] la obra de Costa enfoca muy claramente los eslabones entre el poder metropolitano oligárquico, el poder político local y las prácticas sociales y culturales locales [...]. En la estructura intelectual de Costa, la etnografía se puede

entender como la investigación de las relaciones entre el centro y la periferia, como el descubridor de las huellas de las operaciones normalmente escondidas del poder».

Fermín del Pino señala cómo «cada vez que Costa ha reunido una información etnográfica, ha elaborado un prólogo metodológico [...]: en 1880 reclamaba la necesidad de tomar los datos directamente del campo, y con todas sus variantes».

El catedrático y folclorista Antonio Beltrán, ante un fragmento magistral sobre la poesía épico-heroica, comenta: «Constituían sus anales históricos las canciones épicas y poemas donde se immortalizan las glorias alcanzadas por los individuos de la tribu o por las tribus afines confederadas contra el enemigo común, así como los sucesos interiores que interrumpían la monotonía de la vida diaria y herían vivamente la fantasía popular. En tiempo de paz, gozábese la juventud en cantar sus romances acompañados de vistosas danzas guerreras, de las cuales puede formarse idea quien haya presenciado los dances de las montañas de Aragón, la muñeira gallega y la danza prima de Asturias, que han perpetuado la tradición de aquellos tiempos».

Lengua y Literatura

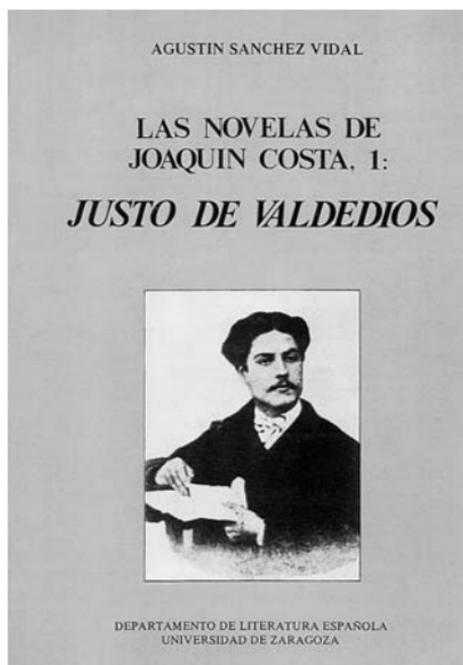
En la misma línea, insiste Jeanine Fribourg: «Todas las ideas de J. Costa sobre la poesía popular, tanto en lo

tocante al contenido como a la forma, son las de los etnolingüistas que buscaron, a través del idioma de una sociedad, datos sobre esa sociedad. Y uno de los campos privilegiados de la etnolingüística es precisamente la poesía popular». Del mismo modo, Beatriz Moncó encuentra que «desde el cuento a la epopeya, desde el refrán al romance, cada manifestación de la literatura popular es, para Costa, puntada imprescindible para tejer el tapiz del pueblo y que, como tal, no revela un dibujo en plano sino con la profundidad que le da su textura y la plurifuncionalidad artística producto de sus diversas y conjuntas autorías».

Muy interesante es su aproximación a la Lingüística, estudiada por Juan J. Pujadas: «Costa tuvo la capacidad de plantear fértiles intuiciones interpretativas respecto a la historia de las hablas dialectales altoaragonesas y, a la vez, de interesar a importantes romanistas franceses, como Morel Fatio y su discípulo Saroihandy, en el estudio de las hablas vivas pirenaicas».

Los méritos de Costa son impresionantes al respecto. En primer lugar, por conseguir desenterrar un tema de interés científico que estaba oculto y que para Costa constituye una expresión más de la cultura tradicional aragonesa. En segundo lugar, el haber conseguido plantear el problema de las hablas locales en unos términos filológicamente innovadores, hasta el punto de entrar en polémica con distinguidos especialistas de la época, lo que motivó el inicio

de una tradición pireneista y aragonesista en dialectología y geolingüística, que ha convertido a esta zona en una de las más estudiadas de Europa en el presente siglo. Pero, sobre todo, lo pasmoso en la intervención de Costa en la polémica es lo acertado de sus tesis en lo que respecta a los procesos de hibridación lingüística y a su afirmación de la existencia de hablas de transición en las franjas lingüísticas de frontera».



La Historia

Las principales obras de contenido histórico de Joaquín Costa, aparte de fragmentos de otras a las que se hará referencia, son *Islas Líbicas: Cyranis, Cerne, Hesperia* (1887), *Plan de una Historia del Derecho español en la Antigüedad* (1889) —libro desconocido que debió de recoger artículos sobre el tema, de diversas revistas—, *Estudios ibéricos* (1891) y el ya citado *Colectivismo agrario en España* (1898).

Lisón ha destacado el modo en que Costa construye una historia socializada, antropologizada, procediendo al revés de lo que era usual: «Los cuentos que encapsulan valores, los apotegmas cargados de protofilosofía, las leyendas locales, los ritos, símbolos y mitos en operación hoy, son reinterpretados periódicamente desde el presente y para el presente».

José María Blázquez, que comenta que «no se ha estudiado todavía a Costa como historiador de la Hispania anti-gua», analiza minuciosa y comprensivamente su libro *La religión de los celtíberos y su organización política y civil* (1917), asegurando que «demuestra en este volumen un conocimiento exhaustivo de toda la literatura griega y latina, realmente asombroso en un hombre que no se dedicaba exhaustivamente a la Antigüedad», a lo que se añade un amplio conocimiento del mundo irlandés y galo, donde busca semejanzas y claves, y aun de la cultura védica. De modo que, «en una época de gran abandono de los estu-

dios clásicos en España, Costa fue un excelente especialista de las fuentes de la Hispania antigua y la bibliografía, tanto nacional como extranjera». Además, encuadra la religión «dentro de la organización política, social, económica, etc., con lo que también otros aspectos importantes de la sociedad celtíbera, e incluso de otros pueblos hispanos, quedan tratados de mano maestra».

Guillermo Fatás, en su análisis del Costa estudioso de la Antigüedad hispana en el segundo tomo del *Colectivismo agrario*, afirma: «Releyendo algunas de estas páginas costianas sobre nuestra antigüedad más remota documentada se producen dos impresiones simultáneas: la de que estaba bastante por delante de lo que los historiadores de su tiempo eran capaces de hacer en ese punto y en cuanto a extracción de datos e inferencias a partir de las fuentes clásicas y, en segundo lugar, la de que se anticipó —y fue el único que lo hizo— en casi medio siglo a los primeros escarceos [...] que el joven Caro Baroja hiciera sobre la materia».

Antonio Beltrán Martínez, que ha glosado recientemente la *Introducción a un tratado de Política sacado textualmente de los refraneros, romanceros y gestas de la Península. Poesía popular española y mitología y literatura celtobispanas*, señala cómo Costa propone, con una asombrosa modernidad, «interpretar los monumentos que la Antigüedad nos ha legado (menos escasos de lo que se piensa)

en lápidas, medallas, ruinas, nombres geográficos y comunes, textos de los clásicos, formas sintácticas y rítmicas, costumbres jurídicas y leyendas orales, y sorprender a través de ellos el verdadero espíritu y como el nudo vital de aquella sociedad». Claro que su queja es muy honda: «En nuestras universidades no se cursa Filología, ni Etnografía, ni Mitografía, ni estudios especiales de Historia Antigua ni Moderna».

Subraya Beltrán «los portentosos conocimientos enciclopédicos de Costa», que se basan en «la epigrafía a través del Corpus de Hübner, la onomástica y los usos religiosos, el culto a los lares domésticos o del fuego». Y concluye: «Lo que Costa añade sobre símbolos, blasones, ascendencias comunes, colegios sacerdotales, clases sociales, regímenes económicos, tribus y tribalismo [...], confederaciones y asambleas y el culto a un dios supremo, a los seres de la naturaleza y a las deidades celto-ibéricas, es de un gran provecho».

Su tesis doctoral en Letras, *Historia crítica de la Revolución Española* (1875), ha sido estudiada y editada por Alberto Gil Novales, que destaca «la riqueza impresionante de la documentación usada por Costa, antigua y moderna, y de varias procedencias. Está literalmente al día: cita libros que no se habían traducido al español [...]. La visión histórica de Costa es totalmente condenatoria del absolutismo y exaltadora de las libertades [...]. Costa tiene desde el

principio un afán de intelección total, pero desde el principio también le posee un rechazo instintivo de la violencia [...] comprende la necesidad de la Revolución, incluso de la francesa. Pero hay formas muy diferentes de salir del do-



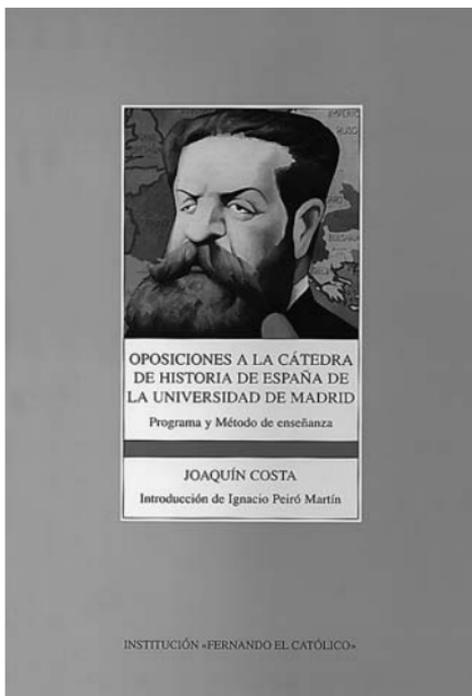
minio monárquico: Costa cree en la fecundidad histórica de la Ilustración —en su *Historia crítica* hay un canto, inusual en plumas españolas, al significado grandioso de la Ilustración—, creo que incluso en España mediante la acción ilustrada se estaba a punto de alcanzar el autogobierno popular sin necesidad de romper violentamente con el pasado».

Destaca Gil Novales la aceptación admirativa de Costa por la revolución que dio origen a la independencia de los Estados Unidos, que vincula, cosa rara entonces, con la Revolución Inglesa de un siglo antes. En cambio, muestra recelos hacia la Revolución Francesa tanto por las «violencias y excesos» cuanto porque, en su opinión, «devoró las revoluciones históricas y nacionales» y condujo a Napoleón, a quien critica por volver a formas monárquicas. Costa ha leído a Burke y la Escuela Histórica,

a Guizot y Tocqueville, también a Macaulay y Michelet, etc.: «Resulta impresionante este elenco de fuentes y de autores en torno al problema de la revolución. Podemos preguntarnos cómo tuvo Costa acceso a tantos libros. Costa en 1874 era un estudiante pobre, que seguramente no podía darse el lujo de comprarlos». Esa tesis doctoral es la que no pudo obtener el premio extraordinario de Doctorado, concedido ese año a Menéndez y Pelayo.

Al año siguiente de leer su tesis, tuvo lugar el conocido episodio de las oposiciones a una cátedra universitaria de Historia de España, que marcaron de por vida al frustrado Costa, magníficamente estudiado por Ignacio Peiró. Situado el asunto en su contexto, es preciso entender que un programa abiertamente krausista debió de sonar muy fuerte en la recién establecida Restauración. Destaca también Peiró «la excelente preparación de Costa y su buen conocimiento de la bibliografía española y extranjera», la claridad con que muestra su concepción de la ciencia o la introducción explicativa de los aspectos económicos, institucionales y socioculturales, a la vez que busca el sentido global de la historia española y la compara con la europea, de la que forma parte.

Peiró explica que el Costa opositor no dudaba en exponer en su *Memoria* una visión de España distinta a la del nacionalismo conservador consolidado por Cánovas del Castillo, ni en enfrentarse con los postulados de la historio-



grafía oficial. En ello fue coherente siempre. En 1888, en carta a Rafael Altamira, que le somete a examen las pruebas de imprenta de *La enseñanza de la historia*, le recomienda «promover cursos prácticos de Epigrafía y de Numismática, una disciplina de “Fuentes de la Historia Nacional”, asignaturas de “vascuence y berberisco” y que los seminarios de investigación debieran salir al campo, como

los ingenieros de Minas, visitando como ejemplo práctico para aprender a buscar, y además a utilizar el elemento topográfico, lugares históricos, añadiendo que deben visitar los alumnos con el profesor los Archivos Nacionales y realizar monografías. No es de extrañar que, cuando las publique en 1904, Altamira dedique así a Costa sus *Cuestiones modernas de historia*: «A Don Joaquín Costa,

mi maestro y primer iniciador de las investigaciones prácticas de Historia, testimonio de gratitud y afecto».

Ya se ha hecho referencia, al hablar de los escritos económicos, a la impresionante documentación histórica utilizada para la elaboración de la obra *Colectivismo agrario*, a la que es preciso añadir los textos reunidos en *Tutela de Pueblos en la Historia* (1900), en que Costa se entusiasma con la labor de los Reyes Católicos, pues, dice, «parece milagro cómo acertaron a labrar en tan breve tiempo y con materiales tan estragados una nación sólida, disciplinada, culta, rica, en aptitud de rivalizar con las más ordenadas y fuertes, cual no se ha vuelto a ver después, ni aun en los épicos y pomposos días de la dinastía austriaca». Admira cómo se reorganiza la justicia, se reprime el caciquismo feudal y se atiende al fomento directo de los intereses económicos por las obras públicas, primas o subvenciones, aranceles de aduanas, reformas de moneda, etc., así como al fomento de la cultura nacional y de la investigación científica.

Costa es un entusiasta estudioso y difusor de la figura y obra de determinados políticos. Es el caso de Juan Bautista Colbert, el gran mercantilista ministro de Luis XIV; del Cid, a cuyo sepulcro propone han de ponerse siete llaves (o sea, no recurrir tanto al mito pasado), pero cuya figura «es por sí sola toda una epopeya»; del Conde de Aranda, a quien define como «uno de los más grandes caracteres y de



Placa para la calle Joaquín Costa de Zaragoza, modelado en barro por Ramón Acín en 1930 y que nunca llegó a colocarse (Huesca, Gobierno de Aragón)

las más poderosas inteligencias que España ha producido; el primero y quizá el único de sus ministros que, comprendiendo el papel que a España corresponde en el mundo, aconsejó, practicó y desarrolló una gran política internacional».

Vuelve a modelos extranjeros, sus admirados Cavour y Bismarck, a los que rehúsa comparar con Cánovas, según hacen sus aduladores, ya que «no pasa de ser uno de tantos pequeños grandes hombres en que ha sido tan fecundo el sistema constitucional de España»; y porque, de haber sido un auténtico hombre de Estado, al llevar a la espalda una Revolución tan importante como la de 1868 «hubiera transigido con la libertad, conservando las reformas revolucionarias que no afectasen a lo esencial de las instituciones, educando a las muchedumbres en el uso del sufragio, dando a la aplicación de las leyes la garantía del jurado, consagrando el derecho de reunión, sometiendo la prensa al Código, haciendo efectiva la libertad religiosa; todo ello, por grados insensibles, mediante un largo desarrollo y mostrándose sólo inflexible en las cuestiones de orden público, derecho que no podemos negar a ningún Gobierno constituido».

Veamos todavía la modernidad de algunas de sus reflexiones históricas sobre su siglo, como cuando, tras señalar que «conocer el país es la primera condición para poder gobernarlo», añade que «se había forjado España una

leyenda de rosa y oro que le hacía veces de historia y de psicología, que le ha relevado del penoso trabajo de pensar [...]. Todavía hace ocho años nos ignorábamos en absoluto». O cuando afirma, en *Oligarquía y caciquismo*: «ha consumido España, casi entero, el siglo que acaba de expirar en cosa tan sencilla, al parecer, como desarraigar de su suelo el régimen de la monarquía absoluta». Ello, en parte, por «la absoluta ineficacia de la revolución de 1868», ya que «el verdadero obstáculo tradicional, el trono del cacique, quedó incólume, y todo aquel aparato teatral: manifiesto de Cádiz, Juntas Revolucionarias, destronamien-



Billete de 1 peseta con el Monumento a Costa en Graus, emitido durante la Guerra Civil

to de la Reina, Constitución democrática, soberanía nacional, no pasó de la categoría de pirotecnia».

Por ello asevera, pesimista: «Con un estado social como el que hemos visto, era imposible que en España hubiera partidos políticos, según lo que en Europa se entiende por partidos y el concepto que de ellos da la ciencia política; imposible, por tanto, que se aclimatara entre nosotros el régimen parlamentario, el gobierno del país por el país»; de ahí que, «en conclusión: no es la forma de gobierno en España la misma que impera en Europa, aunque un día lo haya pretendido la *Gaceta*: nuestro atraso en este respecto no es menos que en ciencia y cultura, que en industria, que en agricultura, que en milicia, que en Administración Pública. No es [...] nuestra forma de gobierno un régimen parlamentario, viciado por corruptelas y abusos según es uso entender, sino al contrario, un régimen oligárquico, servido, que no moderado, por instituciones aparentemente parlamentarias».

EL EUROPEÍSMO Y EL REGIONALISMO

Como ha señalado Mateos de Cabo, reciente estudioso sobre el tema, para Costa la España posterior al 98 solamente se puede consolidar mediante la europeización. Según su opinión, europeizar es sinónimo de realización científica, racional, eficaz, honesta; y no piensa sólo

en un crecimiento económico, sino también en una situación más justa: ahí están sus propuestas, muy tempranas, sobre cómo proporcionar habitaciones de alquiler barato a los obreros, las pensiones para la vejez, la jornada legal de ocho horas, etc. Y es que Costa postula que ya es hora de poner en práctica una política para la blusa y el calzón corto, es decir, para el pequeño campesino y el jornalero; llega a afirmar que «si los trabajadores, trabajando hasta el agotamiento, no pueden vivir, para qué quieren la patria, ni qué puede importarles el orden social».

Por ello entiende que el problema fundamental es «nivelarnos con Europa, en lo físico lo mismo que en lo espiritual; que el español se eleve de la condición de avasallado a la dignidad de hombre, que alcance la plenitud de la libertad, así política como moral, o dicho de otro modo: que deje de padecer hambre, hambre de pan, hambre de instrucción, hambre de justicia, estos tres coeficientes necesarios de la libertad». En Costa, asegura Abellán, «se inspirarán los proyectos de las generaciones posteriores, que tomarán como lema y motor el impulso hacia la europeización (muy singularmente, Ortega y Gasset)». En efecto, Ortega rindió así homenaje a Costa tras su muerte: «La palabra regeneración no vino sola a la nación española: apenas se comienza a hablar de regeneración se empieza a hablar de europeización. Uniendo fuertemente ambas palabras, don Joaquín Costa labró para siempre el escudo de aquellas esperanzas peninsulares. Su libro

Reconstitución y europeización de España ha orientado durante doce años nuestra voluntad».

Ese europeísmo no le hace olvidar su tierra aragonesa, a la que sirvió con fervor, y estudió con rigor, como hemos visto. Ni, aunque tremendamente español, postular la necesidad de atender las singularidades de las regiones.

LA DESCENTRALIZACIÓN Y EL REGIONALISMO

«En ese clamor de protesta que se levanta de las regiones menos sufridas contra los poderes centrales; en ese movimiento de despego, y aun de hostilidad, de las provincias contra “Madrid”, que toma como grito de guerra o como bandera el regionalismo, hay que distinguir una parte legítima, que la razón justifica y abona, y otra que representa una reacción y que en concepto de tal tiene explicación cumplida; y el modo de combatir o de conjurar los peligros ciertos que desde él amenazan, si no para hoy, para mañana, tiene que ser adecuado a la naturaleza del mal, y, por tanto, doble: primero, dar satisfacción a lo que la protesta tiene de justo, reconociendo la personalidad natural de los concejos y municipalidades (ciudades, villas, lugares y feligresías), y la personalidad natural o histórica de las regiones que todavía la conserven (Navarra, Vizcaya, Asturias, Cataluña, Aragón, etc.); supliéndola transitoriamente en las demás por la artificial que recibieron de la ley y que en más o menos se ha consolidado con el transcurso del tiempo y el uso de las divi-

siones administrativas, militar, eclesiástica, universitaria, etc.; y dejando así a regiones o provincias como a municipalidades y concejos la libertad de movimiento que a todo ser vivo corresponde, roto el vínculo servil de dependencia en que ahora está respecto del centro, y sustituido por una moderada tutela.»

Del prólogo del libro *La descentralización y el regionalismo*,
de Antonio ROYO VILLANOVA (Madrid, 1900)

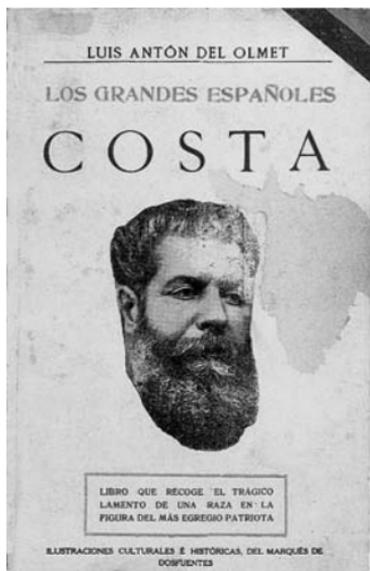
ALGUNAS OPINIONES SOBRE COSTA

Entre quienes han juzgado la figura de Costa destaca Luis de Zulueta: «He aquí una duda que ha de parecer trágica a todo español. ¿Es España un gran pueblo que no encontró a su hombre?, ¿es Costa el gran hombre que no encontró a su pueblo? Costa se indignaba unas veces contra la insensibilidad granítica de este país sin conciencia, sin voluntad, sin virilidad [...]. Ciertamente es que, en cualquier otro país, la labor de Costa habría sido, sin duda, bastante, o para levantar una Patria, o para desencadenar diez revoluciones [...].»

Sobre la influencia de Costa en la “Generación del 98”, Pérez de la Dehesa da muchas claves de los ecos costianos en Unamuno, *Azorín*, Maeztu y otros, y asegura que «la influencia de Costa fue decisiva en la vida intelectual española. Lo fue en la primera época de la “Generación del 98”

y continuó después, si bien posteriormente fue más bien ambiental e indirecta».

Tierno destaca cómo «una de las cosas que más asombran de Costa es su optimismo fundamental pese a todas las vacilaciones con relación a la Nación, opuesto al pesimismo resignado, propio de la elite, que descubrimos en Cánovas. Costa llega a insultar al país, pero en el fondo jamás dejó de confiar en su regeneración e incluso en su grandeza».



Según Alfonso Ortí, «quizás ningún otro intelectual, ni siquiera ningún otro político de la España contemporánea estuvo tan obsesionado con definir un programa de gobierno concretísimo y operativo —directamente “gacetable”, según su propia expresión— como Joaquín Costa».

Gabriel Jackson ha señalado en Costa insuficiencias tales como «su creencia en los hombres antes que en las instituciones, su falta de pensamiento político claro, su tendencia anticapitalista, la concentración de su plan económico



Monumento a Costa en Graus, fotografía publicada en febrero de 1930 por la revista Aragón

en los problemas de la agricultura antes que en los de la industria, el deseo idealista de introducir las ventajas de la ciencia moderna sin destruir los modos de vida tradicionales». Sin embargo, y aunque su tragedia fue «que no hubiera ningún instrumento político adecuado para acometer su programa de política hidráulica», queda como gran activo que «el análisis de los problemas agrícolas [...] sigue siendo válido hoy en su mayor parte, y los resultados de su política hidráulica, donde ha sido aplicada, representa la forma más adecuada de reconstrucción en el siglo XX en España». Por todo ello, concluye, «Costa merece la atención de todo el que quiera comprender la España moderna».



Himno a Joaquín Costa, estrenado en 1914. Edición impresa de 1933, con motivo de la asamblea constituyente de la Federación Ibérica (colección particular)

LOS DISCÍPULOS DE COSTA



Entre los aragoneses seguidores estrictos de Costa se debe mencionar a **Pascual Queral y Formigales** (Bossost, 1848-Huesca, 1898), cuya novela *La ley del embudo* (1897) es un verdadero altavoz literario de las luchas anticaciquiles de Costa y un testimonio más que digno sobre la Huesca finisecular. Reeditada por el Instituto de Estudios Altoaragoneses y al cuidado de Juan Carlos Ara, destaca éste la buena calidad periodística, que le hace proporcionarnos «gran cantidad de datos acerca de la pequeña historia oscense que se esconde detrás de su sátira, por lo que cumple con creces su solapada intención de documentalista de una realidad que conoció [...]».

Más importantes son, sin embargo, los científicos influidos por el pensamiento costiano. **Rafael Salillas y Panzano** (Angüés, 1854-Madrid, 1923), bachiller en Huesca, médico por Zaragoza y Madrid, gran amigo de Costa, a quien considera su maestro, comienza a trabajar en 1880 en la Dirección General de Establecimientos Penales, y toda su vida seguirá vinculado a esas cuestiones, enfocadas desde una amplia cultura e inquietudes literarias. Pronto establecerá fructíferas relaciones con los grandes de la Criminología y la penitenciaría (conocerá a Lombroso y a Concepción Arenal, entre otros muchos), y colaborará con

importantes especialistas, como Simarro. Acude a congresos en toda Europa, interviene en la reforma del Código Penal español y dirige un Seminario de Criminología en la Universidad y, más tarde, en la Escuela Oficial.

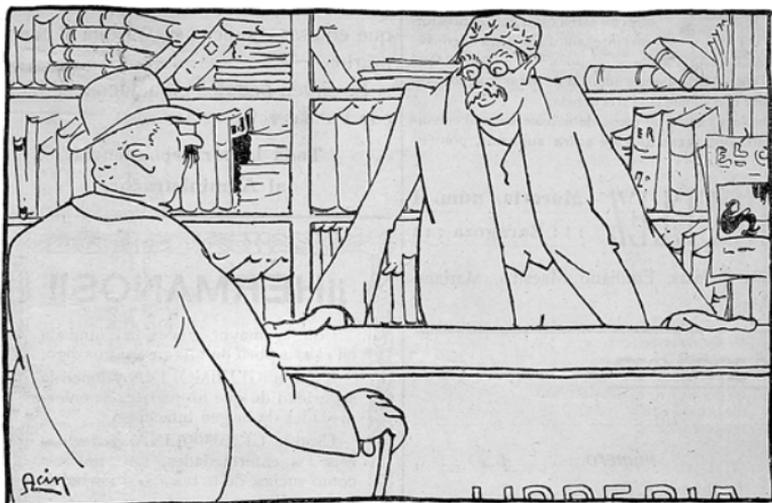
Miembro de la Comisión de Reformas Sociales, sus artículos en *El Liberal* y en la *Revista de Legislación y Jurisprudencia*, así como sus discursos en el Ateneo, preparan importantes ediciones de tres obras clave científico-penitenciarias (*La vida penal en España*, *Informe al Expediente para preparar la reforma penitenciaria* y *La crisis del sistema celular*) y de más de medio centenar de estudios de Criminología. Aparte de sus excelentes informes sobre la situación, entre sus propuestas, coincidentes con las más avanzadas de su tiempo, figuran la aceptación correccionalista del trabajo como medio de readaptación y reforma del penado, la consideración del delincuente como un enfermo, el cuidado en la selección del personal penitenciario, etc. Como señala M^a Dolores Fernández Rodríguez, encarna «la figura más representativa de nuestra ciencia Criminológica, y de una importancia y relieve que, si bien se han sobrevalorado, no han sido aún superados».

También ejerció influencia Costa sobre **Santiago Ramón y Cajal** (Petilla de Aragón, 1852-Madrid, 1934), quien se reclamó discípulo suyo. Y no tanto, aunque también, en su voluntad investigadora, que le llevará a recibir el Premio Nobel en 1906, y, como ha destacado

Pedro Laín, por «las ideas con que supo interpretarlas, y en primer término [...] la creación de de la teoría de la neurona. Hazaña ésta que en un orden puramente morfológico vino a ser la coronación de la teoría celular, y desde un punto de vista fisiológico la base de la actual Neurofisiología»; sino sobre todo por su propio compromiso como intelectual de su tiempo, a quien el “Desastre de 1898” afectó fuertemente.

Prueba de la hondura de su pensamiento científico, social y político es su discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales en 1897, *Los tónicos de la voluntad*, que subtitó *Reglas y consejos sobre investigación científica*. Cree Cajal que «España es un país atrasado, no decadente», con «un atraso y, sobre todo, una mediocridad teórica deplorable».

El remedio de ese atraso es la elevación científica y cultural, y no lentamente, sino a través de una «súbita y teatralmente verdadera revolución desde arriba». Y añade: «Lo hemos proclamado mil veces y lo repetiremos otras mil, España no saldrá de su abatimiento mental mientras no reemplace las viejas cabezas de sus profesores (Universidades, Institutos, Escuelas especiales), orientadas hacia el pasado, por otras nuevas orientadas al porvenir». Se queja de las deficiencias de medios materiales, si bien «más que escasez de medios hay miseria de voluntad». E insiste en el desarrollo científico como medio de regenerar



— ¿Tiene usted alguna edición económica de las obras de Costa?

— No puedo servirle; pero hay en preparación un nuevo libro que le gustará:

La cogida de Ballesteros y su influencia en la vida local.

(Viñeta de Ramón Acín publicada en la prensa de la época)

el país: «El patriotismo de los españoles y su orgullo nacional exigen el fomento de la investigación científica. Para que el país se saque de su atraso y alcance al resto de Europa, hace falta un programa europeo: hay que correr vertiginosamente».

BREVE EPÍLOGO



El eximio geólogo y fundador de la Paleolontología en España que fue Lucas Mallada ha sido, y aún es hoy, una figura de muy notable dimensión en este aspecto entre sus discípulos y continuadores. En cambio, lo que le hizo más conocido y popular entre los políticos y los historiadores fue su otra condición, la de ensayista político y precursor del movimiento regeneracionista.

Por feliz iniciativa del catedrático de Derecho Político Dr. Manuel Ramírez, su director, se creó hace unos años la Fundación Lucas Mallada, con domicilio en Zaragoza, que promueve importantes seminarios, encuentros y debates en torno a la Constitución y otros temas de teoría jurídica y política del Estado.

Costa tuvo más fortuna y en toda España se le ha tenido durante el siglo XX como paradigma y modelo de sabio, de político honesto y claro; y, sobre todo, como impulsor de una nueva “política hidráulica” que ya en 1902 daría lugar al formidable Plan Gasset, guía de los muchos esfuerzos por regar un país predominantemente mediterráneo. Así lo acreditan el Plan de Riegos del Alto Aragón, las Confederaciones Sindicales Hidrográficas (la principal, la del Ebro, dirigida por el costista Manuel Lorenzo Pardo)

y, tras la Guerra Civil, los planes Badajoz, Jaén, Bardenas y Monegros, etc.

Pero, aparte este tópico que le limita a un aspecto importante pero no único, es preciso señalar que la figura de Costa, de no haber éste intentado abarcar tantas disciplinas y haberse ceñido a una sola, hubiera alcanzado, por su enorme capacidad de trabajo e inteligencia crítica, una cumbre universal. Como ha sintetizado Ana María Rivas, «Costa se anticipó a algunos de los problemas que actualmente centran el debate político, económico, social y cultural de nuestras sociedades: la relación entre el Estado y la sociedad, el tema de la soberanía popular en una sociedad de masas, los límites de la participación política en una democracia formal, el respeto al desarrollo de los pueblos conforme a sus tradiciones y modos de vida en equilibrio con la naturaleza...».

Del gran influjo de su obra damos cuenta en el siguiente apartado, inusualmente largo en esta colección por la importancia de la codificación y sistematización de los escritos de y sobre Costa. Desde hace años, la Fundación Joaquín Costa, creada por sus nietos y actualmente dirigida por D. Joaquín Ortega Costa, desarrolla una importante labor investigadora, editorial y divulgadora, en el seno del Instituto de Estudios Altoaragoneses.

BIBLIOGRAFÍA



SOBRE LUCAS MALLADA:

La primera antología de textos de Mallada fue la realizada por Ricardo del Arco, *Lucas Mallada. Páginas selectas* (Huesca, 1925). Francisco J. Flores Arroyuelo confeccionó una selección antológica de *Los males de la Patria*, publicada en 1969 y reimpressa en 1994 por Alianza Editorial, 233 pp. (aunque el título lo incluye, no trae el texto de *La futura revolución española* y se abrevian los capítulos 3, 4 y 6).

Otra edición de *Los males de la Patria* estuvo al cuidado de José Esteban, en la *Biblioteca regeneracionista*, de la Fundación Banco Exterior de España (Madrid, 1990, 327 pp.). En 1998, Steven L. Driever y F. J. Ayala-Carcedo editaron una nueva antología con el título de *La futura revolución española y otros escritos regeneracionistas* (*Biblioteca Nueva*, Madrid, 331 pp.), que incluye diversos textos no reeditados así desde su primera publicación.

También ha sido objeto de reedición, facsimilar, su *Descripción física y geológica de la provincia de Huesca*, por el Instituto de Estudios Altoaragoneses (Huesca, 1990), con prólogo de José María Ríos. Entre los principales estudios sobre Mallada destacamos, además de las citadas introducciones, el de Eduardo Alastrué y Castillo *La vida fecunda de don Lucas Mallada* (1983) y la publicación del Instituto Tecnológico Geominero de España, *150 Aniversario de Lucas Mallada* (1991).

SOBRE JOAQUÍN COSTA:

Su ingente obra no tuvo fortuna, tras su muerte, en la forma de editarse, difundirse y estudiarse. De ahí que dediquemos a la bibliografía sobre Costa mayor espacio de lo usual. La colección editada por su hermano Tomás recogería, acrítica y desordenadamente, títulos ya publicados junto a textos ahora agrupados por éste. Más cuidado e intención tiene la antología general *Ideario de Joaquín Costa* (Biblioteca Nueva, Madrid, 1932, ed. de José García Mercadal con prólogo de Luis de Zulueta).

Otras publicaciones antológicas posteriores son: *Historia, Política Social: Patria* (Aguilar, Ensayistas Hispánicos, Madrid, 1961); *Oligarquía y caciquismo, Colectivismo agrario y otros escritos*, a cargo de Pérez de la Dehesa, (Alianza, Madrid, 1967); *Educación y revolución en J. Costa* (Edicusa, Madrid, 1969; estudio de E. Fernández Clemente); *Política Hidráulica* (Colegio de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos, Madrid, 1975); *Crisis política de España* (Barcelona, 1980; Edición de R. Liarte); *Reconstitución y europeización de España y otros escritos* (Madrid, 1981; edición e introducción de Sebastián Martín-Retortillo); y *Así hablaba Joaquín Costa* (Instituto de Estudios Altoaragoneses, Huesca, 1998), libro póstumo de Trinidad Ortega Costa.

Los principales biografías y estudios hasta los años setenta son los de M. Gambón (1911), P. M. Baselga (1918), González Blanco (1920), D. Pérez (1930), Ciges Aparicio (1930), Méndez Calzada (1943), C. Martín Retortillo (1961), Tierno Galván (1961), A. Gil Novales (1965), López Calera (1965), Pérez de la Dehesa (1966) y Saborit (1970).

El año 1972 marca un hito, por iniciarse la publicación de la ejemplar tarea del hispanista británico George J. G. Cheyne: la rigurosa y penetrante biografía *Joaquín Costa, el gran desconocido* (Ariel, Barcelona, 1972), una excepcional bibliografía *A bibliographical study of the writings of Joaquín Costa (1846-1911)* (Tamesis Book Limited, Londres, 1972), reeditada en español en 1981 en Zaragoza, por Guara Editorial, como *Estudio bibliográfico de la obra de Joaquín Costa, 1846-1911*, y otros libros y trabajos diversos, como la recopilación de

su correspondencia con Giner de los Ríos (Guara), Rafael Altamira (Fundación Gil Albert) y Manuel Bescós (Institución «Fernando el Católico»).

Una tercera etapa, que iría de mediados de los setenta al momento presente, se caracteriza por el seguimiento del rigor marcado por Cheyne. Destacan las aportaciones de Tuñón de Lara (1974), Gil Cremades (1975), Vallés de las Cuevas (1976), Gabriel Jackson (1976), Maurice y Serrano (1977) y Jesús Delgado (1978). A. Sánchez Vidal recupera *Las novelas de Joaquín Costa, 1: Justo de Valdediós* (1981), obra que se une a la editada por



Tomás Costa en 1917, *Último día del paganismo y primero de... lo mismo*. Por esos años, Alfonso Zapater se esfuerza por divulgar entre el gran público la figura de Joaquín Costa mediante una novela y un drama (1975 y 1977).

Entre 1981 y 1984 se acomete la edición de doce volúmenes de su obra por la editorial Guara, de Zaragoza, con cuidadas introducciones. De 1984 es el interesante libro colectivo *El legado de Costa*, y de 1986 *En homenaje*, de la DGA.

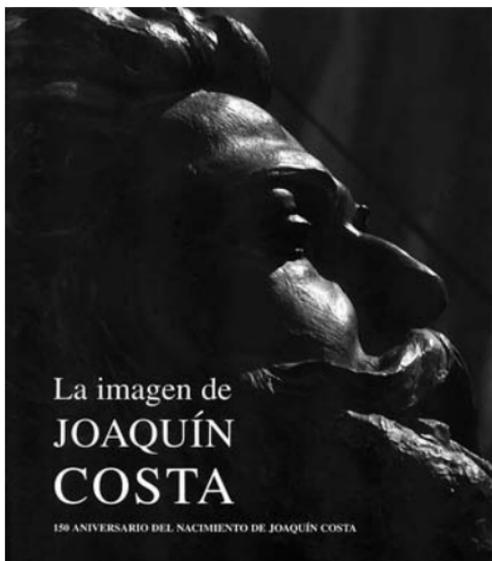
Tras su recuperación, ahora es fácilmente consultable una notable cantidad de documentos (además de los que la familia guarda y muestra amablemente en la casa de Graus): ver María Rivas (dir.) *Archivo de Joaquín Costa. Inventario de los documentos conservados en el Archivo Histórico Provincial de Huesca* (1993).

En *Anales de la Fundación Joaquín Costa* (15 números, desde 1981), *Temas de Antropología Aragonesa*, *Cuadernos CEHIMO*, etc. son estudiados nuevos aspectos de la obra de Costa: los antropológicos y sociológicos por C. Lisón, D. J. Greenwood, Fermín del Pino, A. Beltrán, G. Mairal, etc.; los históricos por Guillermo Fatás, J. M. Blázquez, I. Peiró, etc.; y los literarios por J. C. Mainer y J. C. Ara.

En los últimos años, Alberto Gil Novales ha rescatado la *Historia crítica de la revolución española* (1992) e Ignacio Peiró el manuscrito de Costa para sus *Oposiciones a la cátedra de Historia de España de la Universidad de Madrid. Programa y método de enseñanza* (1996); A. Ortí y C. Gómez Benito estudiaron *La fundación de la Cámara Agrícola del Alto Aragón en el proyecto de desarrollo agrario nacional de Joaquín Costa* (1992) y han inicia-

do un monumental *Estudio crítico, reconstrucción y sistematización del corpus agrario de Joaquín Costa* (1997 y ss.); Ortí ha recopilado el conjunto de sus escritos: *En torno a Costa* (MAPA, Madrid, 1996), definitivo para comprenderle, valorar adecuadamente su obra y establecer de una vez su sentido.

Una sobresaliente exposición iconográfica celebró, en Huesca y Madrid (1996-1997), el 150 aniversario del nacimiento de Costa. Del excelente catálogo, *La imagen de Joaquín Costa*, coordinado por José Antonio Hernández Latas, toma este libro algunas ilustraciones.



Portada del catálogo de la exposición del 150 aniversario de Costa (septiembre de 1996)

Por su parte, el autor de esta síntesis, obligadamente breve, remite como fuentes directas de su propio texto a sus *Estudios sobre Joaquín Costa* (1989), obra que recoge, junto a una veintena de trabajos posteriores, cuatro libros suyos: *Educación y revolución en el pensamiento de Joaquín Costa* (1969), *Joaquín Costa y el africanismo español* (1977), *Costa y Aragón* (1978) y *J. Costa. Regenerar España* (1986); así como a otros trabajos más recientes: “Los ecos de Joaquín Costa: El costismo aragonés en los últimos quince años (1981-1996)”, en *Turia*, 1996, pp. 202-215; “Para una relectura biográfica de Joaquín Costa”, en *Temas de Antropología aragonesa*, nº 6, pp. 95-134; “Regeneracionismo: los límites de la utopía”, en el libro coordinado por Santos Juliá *Memoria del 98* (El País, Madrid, 1998, pp. 213-217); “El Regeneracionismo aragonés en el entorno de Costa”, en *Anales de la Fundación Joaquín Costa*, nº 15, 1998, pp. 21-36; y las ponencias inéditas en sendos congresos: *Joaquín Costa, pionero de las Ciencias Sociales en España* (Granada, abril de 1998) y *Costa, un intelectual para la crisis* (Jaén, octubre de 1998).



11. **El Cid en Aragón** • Alberto Montaner
12. **Diseño industrial. Una perspectiva aragonesa** • Juan M. Ubierno
13. **El clima de Aragón** • José María Cuadrat
14. **El nacimiento de Aragón** • Juan F. Utrilla
15. **Marcial** • Concha García Castán
16. **La industria en Aragón** • Adolfo Ruiz Arbe
17. **Los fotógrafos aragoneses** • Carmelo Tartón
18. **La cerámica aragonesa** • M^a Isabel Álvaro Zamora
19. **El escudo de Aragón** • Equipo de Redacción Cai100
20. **La medicina del siglo XVII en Aragón** • Asunción Fernández Doctor
21. **Gaspar Sanz, el músico de Calanda** • Álvaro Zaldívar
22. **El retablo de la catedral de Huesca** • Equipo de Redacción Cai100
23. **El Ebro** • Amaranta Marcuello - José Ramón Marcuello
24. **Magdalena, Navarro, Mercadal** • Ascensión Hernández
25. **Los fósiles en Aragón** • Eladio Liñán
26. **El Real Zaragoza** • José Miguel Tafalla
27. **El reino de Saraquista** • M^a José Cervera
28. **Gargallo, Condoy, Serrano** • Ángel Azpeitia
29. **Los vinos aragoneses** • Juan Cacho Palomar
30. **Ramón J. Sender** • José-Carlos Mainer
31. **Toreros aragoneses** • Ricardo Vázquez-Prada
32. **El folclore musical en Aragón** • Ángel Vergara
33. **El Canal Imperial de Aragón** • A. de las Casas - A. Vázquez
34. **Los castillos de Aragón** • Cristóbal Guitart
35. **La población aragonesa** • Severino Escolano

36. **La techumbre mudéjar de la Catedral de Teruel** • Gonzalo Borrás
37. **Los balnearios aragoneses** • Fernando Solsona
38. **Emprender en Aragón** • Benito López
39. **Francisco Pradilla. Un pintor de la Restauración** • Equipo de Redacción CAI100
40. **Obras hidráulicas en Aragón** • Carlos Blázquez y Tomás Sancho
41. **Las Órdenes Militares en Aragón** • Ana Mateo Palacios
42. **La moneda aragonesa** • Antonio Beltrán
43. **Los montes, patrimonio natural** • Ignacio Pérez-Soba
44. **Lucas Mallada y Joaquín Costa** • Eloy Fernández Clemente



45. **Los palacios aragoneses** • Carmen Gómez Urdáñez
46. **Realizadores aragoneses** • Agustín Sánchez Vidal
47. **El Moncayo** • Francisco Pellicer
48. **Las reinas de Aragón** • Concha García Castán
49. **Bílbilis Augusta** • Manuel Martín Bueno
50. **La Real Sociedad Económica Aragonesa de Amigos del País** • José F. Forniés Casals
51. **La flora aragonesa** • Pedro Monserrat
52. **El Carnaval** • Equipo de Redacción CAI100
53. **Arqueología industrial en Aragón** • J. Laborda, P. Biel y J. Jiménez
54. **Los godos en Aragón** • M^a Victoria Escribano
55. **Santiago Ramón y Cajal** • Santiago Ramón y Cajal Junquera